



**EL DISCURSO SIN AUTOR: LA TEORÍA DE LA
ENUNCIACIÓN DE LOS HISTORIADORES DE LOS
ANNALES”**

Annales

Histoire, Sciences Sociales

Ignacio Muñoz Delaunoy

EL DISCURSO SIN AUTOR: LA TEORÍA DE LA ENUNCIACIÓN DE LOS HISTORIADORES DE LOS ANNALES

Ignacio Muñoz Delaunoy

Abstract

Historians think that their task consists in offering a sure knowledge about the facts of the past. There has been different ways to understand the term "sure". During the nineteenth century sure was understood like synonym of being objective. Through the twentieth century was established the notion of sure that prevails in the natural sciences. If history wanted to be respected as a cognitive discipline, it had to forget its literary aspect. It wasn't enough that historians were rigorous in the administration of the method: they had to begin to talk like *serious* people. This article studies the efforts of Annales historians devoted to the end with the connection that exists between the historical discipline and the ordinary language. The thesis supports that this objective wasn't achieved neither in the historiographical field nor in the epistemological field.

1.-Las narrativas son una molestia para el paladar del científico.

La Ciencia –lo que todavía solemos considerar como tal– se expresa en un lenguaje técnico muy preciso, que pretende tener la virtud de retratar la realidad *tal como se da*¹. Con números y conceptos bien deslindados, compone proposiciones que buscan satisfacer el requisito de la verificabilidad (Popper preferiría hablar de 'falsabilidad') o que, como mínimo, puedan constituir tautologías lógicas bien fundadas. Nos dice que estamos en posición de poder aceptar la validez de una proposición sólo si somos capaces de identificar el tipo de experiencias que la corroborarían o que podrían ser relevantes, en algún sentido, para esos efectos. A veces no es posible identificar los hechos que harían verdadera a una proposición, pero todavía podemos dar fe de su respetabilidad si somos capaces establecer su relación de dependencia lógica respecto de una definición determinada. Las proposiciones que no cumplen con estos requisitos (que no son

¹ R. Rorty, "El idealismo del siglo XIX y el textualismo del XX", en *Consecuencias del pragmatismo*, Madrid, Tecnos, 1996, pp.219-20.

científicas tal como lo aceptaría un filósofo analítico, que abordara la cosa desde la lógica, o un investigador de campo, que la mirara por el lado de la experiencia), son asumidas como vacías o carentes de significado².

La Ciencia no admite otro tipo de expresión como propio. Aquellas disciplinas, como la literatura, cuyos cultores se validan precisamente por su capacidad para introducir *formas* distintas de las existentes en la comunicación, le parecen sospechosas³. ¿Pueden ser ciencias las disciplinas que renuncian al ideal de la *verdad como correspondencia*, del *lenguaje como descripción* y de la *literatura como imitación de la realidad*? Pseudociencias, como máximo.

El mundo científico (más bien anglosajón) concibe el camino al conocimiento como una ruta directa, fácil de recorrer y de abarcar con el lenguaje. Siente un rechazo visceral por la filosofía y en particular por la metafísica, que aparece a sus ojos como una empresa extraña, oscura y sospechosa, no sólo porque se nutre de puntos de vista epistemológicos equivocados o porque pretende hablarnos de ‘verdades profundas’ o ‘esencias’ sin tener que pasar por los hechos, sino porque comunica en forma ininteligible, aún para un lector especializado (es una incomodidad similar a la que siente un lector culto formado en la tradición de la literatura clásica cuando se ve enfrentado a las obras abstrusas y experimentales de un Becket o un Faulkner).

El filósofo parece sentir que la envergadura de su búsqueda lo libera de tener que sujetar su creatividad expresiva a las exigencias del rigor. Usa conceptos extremadamente ambiguos a su conveniencia, a veces siendo desleal incluso con sus propias definiciones idiosincráticas. Es que hay algo, dentro de la filosofía, que impele a sus practicantes a destruir continuamente sus precarios consensos lingüísticos y a reemplazarlos por lenguajes propios, a veces *tan propios* que no los entiende nadie más que su creador. Eso no vale para la ciencia. Las culturas científicas, privilegian la expresividad que allana una comunicación fácil, aun cuando se trate de materias altamente complejas. El lenguaje conceptual se estandariza, la polisemia se reduce, desaparecen las segundas y terceras acepciones, y se forman esos sólidos consensos que Kuhn ha llamado “ciencia normal”.

Claridad y precisión, ante todo. Como señala Walsh, “las teorías y las argumentaciones científicas pueden ser difíciles de comprender para el profano, pero si han de merecer su nombre, nunca deben ser esotéricas en el mal sentido de sustentarse sólo sobre la autoridad de algún supuesto atisbo personal o de ser cognoscibles sólo para un grupo de personas especialmente privilegiadas”⁴.

² Arthur Danto, *Qué es filosofía*, Madrid, Alianza, 1976, pp.27-38.

³ Rorty mantiene que lo que resulta distintorio de la literatura es la liberalidad que ella se permite en relación al uso del lenguaje: “Así, pues, por ‘literatura’ entenderé aquellas áreas de la cultura que, siendo bastante conscientes de lo que hacen, renuncian al consenso en torno a un vocabulario crítico de aglutinación, renunciando con ello a la argumentación” (R. Rorty, *Op. cit.*, p.220).

⁴ W.H. Walsh, *Introducción a la filosofía de la historia*, México, Siglo XXI, 1968, pp.35-36.

¿Qué respeto le pueden merecer las narraciones a los científicos?. Muy poco respeto, desde luego, pero no porque las desconozcan. A veces los científicos se enfrentan a la necesidad de comunicar contenidos muy abstractos a una audiencia compuesta por inexpertos. ¿Cómo acercarse a ellos? Tal vez contando una historia bien simple que describa la genealogía de cierto problema y luego los caminos de solución que se han seguido. Habrá una modesta explicación encarnada en una forma presentacional similar a la que emplea cualquier autor de cuentos infantiles. Eso puede suceder: de hecho sucede. Pero se trata de concesiones, de excepciones, de licencias que los investigadores se permiten ocasionalmente para el logro de fines extra-disciplinarios : un permiso *sin goce de sueldo*.

¿Deben importar a los historiadores los prejuicios que tienen los científicos en contra del lenguaje ordinario?.

Normalmente sus ideas sobre el punto no nos han provocado el menor desvelo. El historiador sabe que la precisión en las expresiones puede ser enemiga de la calidad de la representación. Hay algo bueno y algo malo en la claridad conceptual. Lo bueno, es la posibilidad de ampliar de manera formidable nuestro conocimiento de algunas parcelas de la realidad. Mayor conocimiento es, también, mayor dominio sobre el mundo que nos rodea. Lo malo está al lado de lo bueno. Los consensos estrictos en cuestiones de lenguaje demuestran ser fértiles solo en relación a parcelas muy restringidas del mundo. ¿Qué hacemos con aquella esa parte sinuosa y variopinta de la realidad que no cabe dentro de las palabras perfectas, pero pobres, del científico?. Cuando estudiamos los movimientos de los planetas o cosas de ese estilo palabras como “intención” o “emoción” no significan nada. Pero esas mismas palabras, tan vaporosas son esenciales cuando estudiamos movimientos sociales o cuando hacemos la biografía de un artista.

El historiador sabe que si abandona los dominios inciertos del lenguaje ordinario va a tener que aceptar una consecuencia completamente impresentable: casi todo lo humano quedará fuera de su campo de observación. Pero mientras sepamos donde estamos parados ¿qué nos puede importar la actitud autocomplaciente de los científicos que sienten que manipulando una par de variables podrán explicar algo tan complejo como la vida? ¿qué nos pueden importar la ilusión peregrina que profesan sobre las posibilidades de los lenguajes perfectos?.

Durante mucho tiempo nuestra profesión ha actuado como si el tema del lenguaje fuera algo poco interesante para nuestra teoría. Sin embargo, esta actitud de distancia tuvo que acabar cuando una generación de filósofos, herederos de aquella tradición del pensamiento occidental que nació y creció en la reflexión acerca de los progresos experimentados por la física y la matemática, tomó completamente el control de la situación en los centros productores del conocimiento: cuando la filosofía devino en epistemología y se generalizó la idea completamente insatisfactoria de que sólo había una forma de alcanzar conocimiento verdadero –la que utilizaban las ciencias naturales–.

Miramos, entonces, con más reserva de la habitual a los filósofos –Ranke nos había enseñado que era siempre prudente mantenerlos a mucha distancia de ellos– y consideramos justo acusarlos de no comprender muy bien lo que nosotros hacíamos, cuando escribíamos historia. Recelo, pero no temor. La verdad es que no nos preocupaba mayormente lo que sucediera con los filósofos neopositivistas y todos sus satélites. Sus esfuerzos de clarificación lógica eran muy inteligentes, pero tenían muy poco que ver con la actividad profesional que realizábamos día a día. Los historiadores, como cuerpo, seguíamos sujetos al ritmo cansino de siempre, sin sentir con demasiada fuerza el mandato de estos afuerinos.

Esa actitud despreocupada tuvo que ser dejada de lado a partir del momento en que –en la primera mitad del siglo XX– dos o tres generaciones de historiadores jóvenes de gran empuje y talento, tomaron en sus manos el eslogan de la cientificidad y asumieron como objetivo personal y colectivo el trasladar a la historia los conceptos y métodos de disciplinas aledañas mucho más coherentes y estructuradas. La “traducción” o “esclarecimiento” de nuestro vocabulario ya no era tema de unos pocos profesores de filosofía: había devenido en preocupación central de historiadores de mucho renombre, que producían las obras más estimulantes, y eso ya era otra cosa.

Los historiadores *científicos* compartieron las suspicacias de sus nuevos amigos (economistas, demógrafos, sociólogos, etc.). Como ellos acusaron a la filosofía de la historia (o más bien, a lo que en el ámbito de la filosofía analítica ha sido correctamente descrito como “filosofía especulativa de la historia”), de ser algo así como “un monstruo submarino extraído de las profundas aguas de la metafísica del siglo XIX; un monstruo cuyas mandíbulas se abren ocasionalmente para emitir profecías en un lenguaje muerto (y a veces extraño): el lenguaje de la dialéctica hegeliana”⁵. Como ellos, denunciaron que el vocabulario ambiguo y poroso de los historiadores era un escollo que impedía a la actividad madurar y devenir en ciencia cabal, y transformaron en máxima la de conceptualizar y, sobre todo, matematizar la historia. No bastaba que los historiadores fueran muy rigurosos en la crítica de las fuentes y en el tratamiento de los datos, que se plantearan problemas económicos o sociales muy pertinentes, si fallaban en lo más importante: si carecían de un vocabulario técnico de aglutinación. El problema con los historiadores era que seguían hablando el lenguaje de la gente de la calle, nos comunicaban sus resultados y sus reflexiones apelando a la misma forma de presentación que permite a Pedro, Juan o Diego entenderse en el mundo práctico de la vida corriente: la narración. Y eso era completamente impresentable. ¿Cómo pensar en un consenso *máximo*, en teoría y método, si nos faltaba ese consenso *mínimo*, en los conceptos, que es base para cualquier cosa?.

⁵ Patrick Gardiner, *La naturaleza de la explicación histórica*, México, Universidad Autónoma de México, 1991, p.7.

Para ser adultos en esto de la ciencia teníamos que partir por derogar la conexión directa que existía entre nuestra disciplina y el habla corriente; había que hacer de la historia una ciencia más conceptual, capaz de hacer explícitos los modelos de comportamiento social que permanecían implícitos, vagos e internamente inconsistentes en una prosa muy laxa; había que *filtrar* nuestro lenguaje e introducir en él conceptos más precisos y estables que nos permitieran transformar los asertos nebulosos y confusos que había dispersos en los relatos, en proposiciones claras, que fueran susceptibles de una verificación empírica. En los casos en que se pudiera, había que depurar los modelos hasta transformarlos en sistemas de ecuaciones en que el número de variables intervinientes fuera exactamente equivalente al mínimo esencial y en que, producto de la riqueza de la matemática, fuera posible establecer de manera cierta el peso y el tipo de relación que existía entre cada una de ellas⁶.

La aplicación de métodos cuantitativos y de modelos de comportamiento social tomados prestados de las ciencias humanas, nos ofrecían el único camino posible para transformar a la historia *descriptiva* en una disciplina *analítica*; y no se podía avanzar lo más mínimo en esa dirección a menos que se diera el primer y más decisivo paso. Había que comenzar por acabar con la expresión más visible del vínculo que queríamos negar: la parte narrativa de la historia.

¿Alternativas? Ninguna. O el cielo de la *ciencia*, o el infierno del *arte*. F. J. Teggart ya lo había avanzado en 1925 cuando nos dijo que al adoptar el modo de presentación narrativo, la historia “have cut themselves off from any possibility of the attainment of scientific results”. Los enunciados narrativos pertenecen al mundo del arte; si los usamos, habremos elegido permanecer en esos dominios (habremos renunciado, a la vez, a la posibilidad de ser científicamente maduros)⁷.

Sacarse la ropa vieja, para ponerse la nueva, no es una operación simple. El modo de presentación narrativo ha sido parte de esta actividad cognitiva desde sus primeros orígenes. No podemos librarnos de él, como quien se quita una camisa sucia. Para lograrlo necesitaremos, como condición previa, encontrar nuevos lenguajes de expresión, lo que no podrá ocurrir a menos que logremos llevar adelante una reformulación de nuestra epistemología.

Casi todos los investigadores y teóricos de la historia de nuestros tiempos consideran que esta tarea tan exigente es altamente recomendable. Hay consenso en que si queremos transformar a la historia en una disciplina madura tendremos que romper los nexos que la unen con el habla corriente. Pero “recomendable” no es lo mismo que “obligatorio”. A la mayor parte de los investigadores las narraciones les parecen tan severas como los resfriados –algo desagradable

⁶ Robert William Fogel, “ ‘Scientific’ history and traditional history ”, en R. W. Fogel y G. R. Elton, *Which road to the past?: two views of history*, New Haven, Yale University Press, 1983, pp.23-28.

⁷ F. J. Teggart, “Theory of history”, 1925 (cit. por H. Fain, *Between philosophy and history. The resurrection of speculative philosophy of history within the analytic tradition*, 1970, p.278).

que es mejor no tener, pero con lo cual se puede vivir—. Hay, sin embargo, grupos de profesionales que consideran que las narraciones son algo mucho más serio que los resfriados. Piensan que si seguimos prendidos de este género literario nos veremos forzados a permanecer en el territorio innoble en el que se desenvuelve el arte y las filosofías de la historia.

A lo largo del siglo XX ha habido dos grandes corrientes que consideran que la parte narrativa de la historia es un escollo serio para nuestras virtudes científicas. El ataque de la primera de estas corrientes es más epistemológico que historiográfico, más extranjero que nativo. Su soporte principal es el proyecto de unidad de las ciencias impulsado por los positivistas lógicos, que ejercieron su imperio en el ambiente cultural anglo-americano. El segundo ataque, tema de este ensayo, es obra de los estructuralistas atemperados de la escuela de los *Annales*. Se trata de una corriente más metodológica que epistemológica, en la que participan historiadores que simpatizan poco con la filosofía y que no pretenden (ni les interesa) aportar una reflexión novedosa y contundente acerca de la estructura epistemológica de la explicación histórica, ni sobre cualquier cosa muy importante. Su asunto es razonar acerca de lo que los historiadores hacen y sobre la forma de poder enriquecer esa práctica con nuevas opciones.

Como señala Ricoeur, ambas corrientes convergen en el objeto central de sus ataques —la historia narrativa—, pero guiadas razones muy distintas: para la filosofía analítica la desnarrativización es parte de la ruptura epistemológica entre explicación histórica y narrativa; para los historiadores franceses el ataque resulta y se justifica como fruto necesario de un desplazamiento en el objeto de la historia —desde los individuos hacia lo social—⁸.

El neopositivismo y el estructuralismo sui generis de los *Annales* no son, sin embargo, los únicos canales por los que ha fluido el torrente desnarrativizador. Esta bandera ha sido blandida, a lo largo de buena parte del siglo XX, por distintas tribus de *cientificistas*, entre los que puede incluirse a marxistas, historiadores sociales alemanes, cliometristas retrospectivos norteamericanos, entre otros. Lo que hace interesante los puntos de vista sobre la parte narrativa de la historia de las corrientes destacadas aquí es la importancia que ellos cobran dentro del cuerpo de sistemas teóricos altamente integrados y de gran impacto en el mundo de la historia. Nadie había pensado, como ellos, que la manera como amasábamos las palabras pudiera ser tema para la teoría de la historia —algo de una importancia *negativa* tan grande—. Luego de los filósofos analíticos y de los *annalistas* surgirá el *narrativismo*, una corriente de pensamiento que transforma esta tímida apertura hacia la textualidad de la historia, en el foco central de cualquier empresa reflexiva legítima.

⁸ Paul Ricoeur, *Tiempo y narración*, Madrid, siglo XXI, 1995, vol.1, p.170.

2.- La fórmula francesa de des-narrativización

Son muchos los que habían considerado, antes que los *annalistas*, que “la prevalencia de cualquier interés por la narración en una disciplina que aspire al estatus de una ciencia constituía evidencia *prima facie* de su naturaleza protocientífica, por no decir manifiestamente mítica o ideológica”. Para todos los que comulgaban con este punto de vista aparecía como evidente que la eliminación de la parte de la historia en que se hacía relato era el “primer paso en la transformación de los estudios en una ciencia”⁹.

Pero la idea tan difundida entre tantos de nosotros de que estábamos limitados en nuestras capacidades cognitivas por la preferencia que concedíamos al modo de presentación narrativo, había tenido siempre un carácter vago, en términos muy similares a lo que sucede con muchas de las creencias que mantenemos, como gentes corrientes, acerca de cosas que pueden aparecer como poco recomendables, pero sobre las cuales no juzgamos conveniente tener una opinión específica simplemente por falta de información (por ejemplo, la idea que compartimos los padres acerca de lo perjudicial que es para el desarrollo intelectual y emocional de uno de nuestros hijos el estar expuestos mucho rato ante las pantallas de un televisor). Lo que sucede con las *annalistas* es que con ellos el sentimiento desfavorable a las narrativas adquiere un rango filosófico de mayor importancia: ellos fueron los primeros que mostraron determinación explícita para transformar lo que constituía una simple predisposición muy difundida, en un elemento gravitante para la sustanciación de una apuesta de renovación disciplinar muy ambiciosa y muy exitosa.

La desnarrativización de la historia, nos dijeron, no era simplemente algo conveniente, pero poco relevante, sino la condición necesaria que debía ser satisfecha para que la historia pudiera dar el paso desde los individuos atómicos a las estructuras, que era perentorio para que se elevara al rango de una ciencia humana. A partir de ese momento la *historia-relato* se transformó en una especie de bestia negra que cualquier profesional serio, comprometido con el proyecto de modernizador, debía ayudar a superar con su *hacer*.

La escuela de los *Annales* considera, por razones bastante discutibles, que *historia narrativa* es sinónimo de *historia de los acontecimientos*. Hablar de ella es lo mismo que aludir a aquella historia de eventos políticos que acepta restringir el campo de su mirada a los conflictos que se desatan en el plazo más corto, incurriendo en un tipo de miopía más o menos análoga a la del periodista, con su inclinación incurable a favor de lo inmediato, que pretende examinar los fenómenos altamente complejos del mundo actual mediante anécdotas superficiales, que el día siguiente se encargará de borrar.

El foco de su crítica no era el relato histórico en sí mismo, ni la teoría de la representación implícita, ni los presupuestos filosóficos en los que los relatos se sostienen. A los historiadores franceses la epistemología, la ontología y todo lo que suene a pensamiento especulativo, más o menos en los términos de un Marrou, un Aron, un Veyne o un Ricoeur, no les interesa, ni para condenarlo, ni para ensalzarlo. Ellos prefieren moverse sencillamente en otro carril.

¿Qué carril es ese? La narración, como forma presentacional, obliga al practicante de la historia a orientar su trabajo hacia una dirección muy poco saludable desde el punto de vista profesional. Quien quiera hablarnos de las cosas que han sucedido en el pasado, relatándonos historias, similares a las que encantan a los niños cada noche, no podrá eludir las restricciones que impone un medio que se presta bien para ciertos usos pero que es claramente inapropiado para otros. Las narraciones, sabemos muy bien, sirven para describir ‘hechos’ menudos, acciones breves impulsadas por hombres o mujeres con rostro conocido e intenciones claras; pequeños dramas sufridos a escala humana. Eso lo hacen muy bien. ¿Qué hacen mal?. No son muy buenas para capturar las “fuerzas impersonales” que se entretengan en el tiempo multilineal, componiendo la trama esencial de la historia, y conformando aquel escenario dentro del cual los agentes desarrollaran esa acción pigmea y vigorosa que tanto interesa al historiador tradicional. El problema con la relación de dependencia que hemos mantenido con las narraciones, como objetos de arte, es que nos impelen de manera mansa, pero efectiva, a saturarnos de lo insignificante, y que nos hace ciegos frente a aquella historia *profunda* y *real* (la única real) que debiera ser el centro de todas nuestras dedicaciones.

El proyecto desnarrativizador es, pues, la manera francesa de decirnos “señor historiador: no se entretenga más ofreciéndonos descripciones y explicaciones de *hechos* que no interesan a nadie; gaste mejor su tiempo explicando fenómenos de naturaleza estructural”. Estructuras contra hechos. Esa es la dicotomía que se pone sobre la mesa. Y ya vamos viendo cual es la verdadera bestia negra del francés: no son, por cierto, las narraciones mismas, sino la noción predominante de ‘hecho’ que viene aparejada con aquella¹⁰.

En la hermenéutica rankeana el ‘hecho’ es asumido como una reminiscencia, una especie de *huella de la realidad*, que existe con independencia de la reconstrucción que haga nuestra mente de ella, contaminada los sucesivos ecos interpretativos, que informan nuestros horizontes

⁹ Hayden White, “La metafísica de la narratividad: tiempo y símbolo en la filosofía de la historia de Ricoeur”, en *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992, p.179.

¹⁰ H. White plantea que los historiadores de los *Annales* han protagonizado lo que puede considerarse como el mayor (o uno de los mayores) esfuerzos por transformar a los estudios históricos en una ciencia en la acepción más clásica, y que la pieza teórica central en este programa de refiguración de la historia ha sido la expulsión de la noción de hecho de la reflexión histórica (H. White, “Formalist contextulist strategies in historical explanation”, en H. White, *Figural realism. Studies in the mimesis effect*, Baltimore, The John Hopkins University Press, 1999, p.43).

de comprensión. El hecho es un *algo* 'autónomo', y 'real', que nos resulta accesible a partir de los documentos en los que se refleja, y que puede ser reproducido con un grado satisfactorio de fidelidad a través de la narración. Pero los hechos son más que eso. Detrás de la noción de autonomía reposan los presupuestos de una filosofía de la acción y un sesgo fuertemente historicista: los hechos, piensa el miembro de la Escuela Histórica, son piezas únicas e irrepetibles que tienen carácter de *contingentes* (o no necesarios), debido a que son imputados a la voluntad de agentes humanos individuales que no están sujetos a determinaciones externas insalvables. La historia, se nos dice, es el resultado, más o menos aleatorio de la acción de agentes libres e interesantes; es el sedimento que deja como subproducto la sumatoria de las peripecias de protagonistas gloriosos, cuyas voluntades y azares, entreveradas, van tejiendo la trama de una trayectoria bien particular, en que el alcance de cada instancia se define por el papel que ha cumplido dentro de un proceso de desarrollo completo. Los hechos –estos hechos concebidos como *dados*, cuya naturaleza yace siempre en su historia– son la materia prima cuya morfología debemos capturar merced nuestro aparato crítico de filólogos y nuestra pluma de literatos.

El clima antipositivista de la época en que surgen los *Annales*, hacia fines de la década de 1920, y la influencia atemperada y posterior de una corriente de pensamiento filosófico en la que participan figuras como Aron y Marrou, que había desarrollado una forma de construccionismo en conexión con la problemática alemana de la comprensión, instaló en el corazón de este movimiento historiográfico la convicción de que no existe un *pasado en sí*; que lo *realmente sucedido* es algo que está fuera del alcance de los investigadores.

Pero no se trata de una postura filosófica consistente, sino de una propuesta metodológica que se libra en contra del positivismo –de un tipo de positivismo que quiere deshacerse de otro–, que se niega a aceptar que la historia tenga que ser concebida *ciencia interpretativa*. Bloch, Febvre y sus sucesores desdeñaron la epistemología. Prefirieron pasar por alto las espesas discusiones en las que se entretenían los filósofos alemanes, tanto como las problemáticas que los filósofos analíticos habían transformado en el centro de todos los debates. Influidos por intelectuales de la talla de Henri Berr, Henri Wallon, Charles Blondel, Pierre Vidal de la Blanche y Emile Durkheim, defendieron que no tenía caso seguir examinando categorías lógicas como 'explicación' u 'objetividad', para luego aplicarse al esfuerzo estéril de hacerlas calzar con una práctica historiográfica muy distinta y completamente irreductible a las determinaciones de moldes tan estrechos.

El tema merece una nota. Los historiadores de los *Annales* se propusieron unificar las ciencias sociales, tal cual lo intentaban hacer muchos pensadores en estos años de convergencia. Pero a diferencia de Durkheim o de su discípulo Simiand, voceros de la causa francesa de la científicidad en las humanidades, o de los filósofos analíticos anglo-americanos, que proponían una integración en torno a los métodos de una ciencia extranjera –el de la sociología, en un caso, y

el de la física, en el otro—, ellos propusieron que el pivote de ese proceso centrífugo fuera provisto por la disciplina más díscola y ambigua de todas: la historia. No hay aquí una reificación del método —histórico, en este caso—, ni nada de eso. La unidad propuesta es la “unidad de la vida”, recogiendo el ideal organicista de Michelet. Fuera las abstracciones, fuera lo esquemático y todos los esfuerzos de llegar a lo social a través de la reducción de las cosas. Comprender no puede ser mutilar. La historia y las ciencias sociales deben operar de manera exactamente opuesta a como lo hacen las ciencias naturales, que avanzan en precisión a costa de la complejidad de los sistemas. Las ciencias del hombre, nos dicen, “were supposed to explain not through simplification or abstraction but rather through “complexification” of their object”¹¹.

De eso se trata, precisamente. La comprensión de los hechos sociales no es algo que pueda alcanzarse mirando por la rendija de la puerta. No basta nunca el ángulo visual que pueda ofrecer una perspectiva; se requieren todos enfoques posibles, todos los que seamos capaces de imaginar. Abrir el aparato perceptor, abrir la mente a todo lo que pase a su alrededor, a todo lo que pueda producir una iluminación certera. Multidisciplinareidad, interdisciplinareidad, para tener una visión sistémico del *yo social* del hombre. Pero la apertura y la integración debe darse siguiendo algunos cuidados. “Integrar” no quiere decir aunar las miradas, ni por el camino del eclecticismo, que reduce la riqueza de lo diverso a un solo enfoque convergente, ni por el camino igualmente empobrecedor de la acentuación, que nos lleva a dar prioridad a una sólo perspectiva, por sobre las otras (por ejemplo, la de los historiadores). Todos los métodos son válidos y necesarios. *Unidad en la diversidad* es la consigna; rechazo de todos los modelos deterministas del cientificismo (fiscalistas, marxistas, sociologistas, estructuralistas...) que despojan a la vida de la riqueza de sus incontables colores; rechazo, también, de los grandes esfuerzos de coherencia teórica, que nos fuerzan a quitar frescura a nuestra mirada inquieta.

La crítica a la noción de hecho está permeada por esta matriz de origen. Un hecho es lo que logran iluminar las perspectivas múltiples; un hecho son todas las facetas que nos ofrezcan nuestros enfoques; pero un hecho es, también, algo de realidad incuestionable. Ni *tanto* como pretende el miembro de la Escuela Histórica, que los concibe como piezas singulares y esteriles para un trabajo tipificador, ni *tan poco* como lo que exige el constructivista radical, que prohija el germen relativista. El *annalista* postula que no hay hechos *dados* o *fijos*; reconoce que el papel del historiador es más el de creador que el de un reproductor de significados; pero paralelamente comulga con mucho entusiasmo en el fervor realista que campea en esos días, proclive al desarrollo de una ciencia social *behaviorista*. El pasado construido por el historiador, se nos dice, no es un una huella plenamente isomórfica del mundo pasado, pero puede acercarse mucho ello. ¿Cómo lograr que se acorte la distancia entre sujeto y objeto?. La visión de ‘hecho’ de los

¹¹ Jacques Revel, “Introduction” en Jacques Revel y Lynn Hunt, *Histoires. French construction of the*

annalistas no es amiga de su empirismo. No hay manera en que logremos pensar en construcciones que sean reconstrucciones si desfondamos esa idea bien primaria de los hechos, con la tesis del escritor polifónico que solo logra ver la realidad cuando la mira coloreada desde distintas perspectivas. Perfecto, pero ¿qué puede importar la falta de coherencia filosófica si precisamente gracias a ello logramos fertilizar la producción historiográfica, más allá de lo que cualquiera hubiera podido imaginar?.

El pecado cometido por el historiador que narra es que tiende a mirar una de las muchas facetas que ofrece cada hecho –la política–, en detrimento de todas las demás. Elegir un campo de observación privilegiado es tan reductor como empeñarse en que sólo haya un método correcto. Gran falacia. También un impedimento serio en contra de la renovación: hay que partir por desnarrativizar, para que luego sea posible abrir periscópicamente la mirada hacia todas las dimensiones de la vida (lo económico, social y cultural) y hacia todas disciplinas que tengan algo que ofrecernos (economía y sociología, especialmente). Eso nos va a ayudar a dar un paso muy interesante.

La historia debe mirar el pasado de una manera inteligente. No podemos esperar menos de ella. El problema con la historia narrativa tradicional, aparte de su tendencia a concentrarse solamente en su parte política, es que nos suele ofrecer descripciones que no significan lo que mencionan, que no nos ayudan a entender por qué un acontecimiento se ha producido, en lugar de no hacerlo. La historia sustantiva no debe ser descriptiva sino *problematizadora*. Pero no podemos esperar llegar al nudo de los problemas con la ayuda de los pobres criterios de selección, explicación e interpretación de datos que domina el historiador tradicional. Su aparato conceptual miope, corto, no sirve para tareas mayores. ¿Qué hacer? Necesitamos tomar los problemas, los conceptos, los enfoques, las teorías, los métodos, de nuestros vecinos, los científicos sociales, que si han sabido cómo sacar toda la sustancia a sus hechos, que han sabido ir más allá de la epidermis del dato, hasta llegar a su verdadero fondo, que es siempre social.

Aquí comienza a operar de manera muy directa el trasfondo durkhemiano en el que medra la historiografía francesa: hay una seguridad completa, no rebatida, en torno a la primacía de lo social sobre lo individual, de las grandes fuerzas anónimas por sobre la esfera de posibilidades de los agentes históricos individuales. Es en ese nivel, definitivamente, donde puede apreciarse la fisionomía de las encrucijadas importantes que luego debemos sujetar a un análisis crítico, quizás hasta de naturaleza dialéctica¹².

No hay mucho más que decir sobre el material primario de la historia.

past. New York, The New Press, 1995, vol.1, p.13.

¹² Stuart Clark, "Los historiadores de Annales", en Q. Skinner, *El retorno de la Gran Teoría en las ciencias humanas*, Madrid, Alianza, 1988 p.170.

Esta primera generación de historiadores se ganó su renombre debido a la capacidad que mostró para integrar con pragmatismo y originalidad varias de las novedades teóricas y metodológicas que estaban disponibles en ese momento en el mercado de las ideas, y al talento que tuvieron para transformar un punto de vista marginal y provinciano —la escuela se forma en Estrasburgo—, en la ortodoxia oficial de la historiografía francesa y mundial —otros movimientos de renovación de la historia, tan seductores como éste, se quedaron en la nada, a medio camino—¹³. La vitalidad y la calidad de su reflexión teórica no es, como se ve, algo que haya que resaltar, como podría hacerse con los productos de sus contrapartes, en Alemania, Estados Unidos e Inglaterra¹⁴.

Un resultado de dulce y de agras. La cara positiva de la renovación francesa es la que vemos realizada en la historiografía. La disposición a crecer por la vía de las incorporaciones permitió al *annalista* airear el ambiente enclaustrado del historiador académico. Nuevas preguntas, nuevos conceptos, nuevos procedimientos; pero nada que haga fuerza al paisaje que ofrece el pasado mismo. El *annalista* nunca sacrifica la realidad, para beneficio de la teoría. Esa es su mayor virtud: el contumaz desapego que muestra en relación a todas las lealtades teóricas y metodológicas, la libertad con que se permite introducir todo tipo de implantes en la profesión, sin sentirse constreñido por nada, como no sea el afán de capturar la imagen más fiel de las realidades alternas. La cara fea de este proceso de apertura, está en el reverso de la bonita. La falta de atención dispensada a los tópicos clásicos de la epistemología y la ontología, el desdén manifestado en contra de los puntos de vista mucho más articulados de la crítica literaria, la psicología cognitiva, cierta filosofía analítica o la hermenéutica, en relación a la cuestión de la textualidad, dejaron a los *annalistas* desprovistos de los recursos mínimos que habría demandado un examen más riguroso de la teoría de la representación del historiador y su primaria teoría de las narraciones. En ausencia de medios de análisis apropiados, su refutación de la parte narrativa de la historia no puede progresar: la derogación propuesta no puede llegar muy lejos si todavía no se tiene claro *qué es lo que se quiere superar*.

Gran paradoja: no serán los enemigos declarados de las narraciones históricas los que fundamenten un cuestionamiento serio en su contra, sino esos teóricos postmodernos de la historia, que nos enseñaron cuan importantes eran los textos, para luego ensañarse con las meta-narraciones, con la noción de tiempo histórico, con cada uno de los fundamentos que soportaban el edificio precario de nuestras seguridades profesionales.

¹³ Peter Burke, *The french historical revolution. The Annales school, 1929-89*, Stanford, Stanford University Press, 1990, pp.105-106.

¹⁴ Comenta Ricoeur: “Lo que quizá falta a esta *Apologie pour l'histoire* [de Bloch] es una reflexión sobre el modo como el problema de la explicación —por lo tanto, de la causalidad en historia— se articula en el de la observación, es decir, del hecho histórico y del acontecimiento. En este punto de articulación

Los términos de la cuestión no variaron substantivamente con la segunda generación de *annalistas*, que tuvo en Braudel a su portavoz.

Un año después de la publicación de su obra capital –*La Méditerranée et le monde méditerranée à l'époque du Philippe II* (1949)–, Braudel resume el sentido de las transformaciones, diciéndonos que la innovación más notable que debemos a de Bloch y Febvre –innovación que implica, en cierto modo, a todas las otras–, consiste en haberse atrevido a negar la primacía del individuo y del acontecimiento: en haber descubierto las fuerzas impersonales que conforman al hombre y a su historia.

La ‘historia acontecimental’ que pretendía hablarnos de las cosas *tal y como realmente acontecieron*, puede tener asunto sólo en la medida en que aceptemos que “la vida de los hombres está determinada por accidentes dramáticos; por el juego de seres excepcionales que surgen en ella, dueños muchas veces de su destino y con más razón del nuestro”¹⁵. La historia tradicional reifica al instante. La razón de este comportamiento hipertrófico es muy simple. Estos héroes conscientes, cuya volición haría la historia, necesitan un escenario apropiado para desenvolverse, en el que su participación sea importante, en el que su despliegue pueda lucirse con ventaja. Y resulta que sus frágiles vidas sólo pueden tener peso en la fugacidad del momento, y en un ámbito específico: la política.

Pero estos fuegos son solamente *fuegos fatuos*, parodiando el título que da Nabokov a una de sus novelas. No existen héroes como los que imagina el historiador tradicional. Los grandes personajes, que encontramos en sus narraciones, son nada más que las abstracciones que necesita una filosofía conservadora de la historia para autojustificarse. La historia avanza, se desliza, pero el motor real que la mueve no son las peripecias cortas de los agentes, sino las fuerzas impersonales que se mueven, con ritmo cansino y diferenciado, en las profundidades más subterráneas:

“El problema no reside en negar lo individual bajo pretexto de que es objeto de las contingencias, sino en sobrepasarlo, en distinguirlo de las fuerzas diferentes de él, en reaccionar contra una historia arbitrariamente reducida a la función de los héroes quintaesenciados: no creemos en el culto de todos esos semidioses, o, dicho con mayor sencillez, nos oponemos a la orgullosa frase unilateral de Treitschke: “Los hombres hacen la historia”. No, la historia también hace a los hombres y modela su

hubiera podido ser esclarecedora una reflexión sobre la narración y sobre el vínculo entre acontecimiento y narración” (P. Ricoeur, *Op. cit.*, vol.1, p.178).

¹⁵ Fernand Braudel, lección inaugural leída en diciembre de 1950 en el College de France, bajo el título de “Las responsabilidades de la historia”, en F. Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza, 1970, p.28.

destino: la historia anónima, profunda y con frecuencia silenciosa, cuyo incierto pero inmenso campo se impone ahora abordar”¹⁶.

La afirmación de la existencia de una temporalidad plural, tal vez el principal aporte epistemológico de Braudel¹⁷, profundiza el desplazamiento que nos lleva desde el individuo a lo social. Los fundadores de los *Annales* —especialmente Febvre— quisieron salir al paso de las monocausalidades simplificadoras a las que nos había habituado la historia tradicional, explicando el cambio como función del operar de distintas dimensiones de lo humano, todas ellas relevantes a su manera, en su medida (lo político, lo económico, lo social, lo cultural, el clima, la geografía...). La tipología temporal de Braudel recoge esta idea matriz, pero introduce un elemento de jerarquización bastante drástico, que no se incluía en la propuesta original de los fundadores: hay una esfera más importante que las demás. Se trata de la *larga duración*. La larga duración, propone Braudel, es el nivel en que lo ‘real’ se despliega, en el que se constituyen los ‘significados’; allí es donde prueban sus fuerzas los verdaderos agentes de la historia, esas fuerzas abstractas que improntan las actitudes de los seres humanos, que constriñen sus movimientos y su voluntad. Las otras esferas de la vida social y temporal —el tiempo corto de los acontecimientos, y el mediano de la coyuntura, donde palpita más directamente lo humano—, importan, por cierto, pero en una medida mucho menor.

Braudel no es taxativo. Reconoce al acontecimiento y a la coyuntura un papel en la historia. Los hechos menudos y medianos, los tiempos breves, pueden ser reales para la historia; esto es, pueden modificar la trayectoria que exhibe la ‘historia profunda’. Hay un mecanismo para ello: la “dialéctica de los espacios en el tiempo”. Pero ¿qué puede significar ese reconocimiento si es que no se aclara, en forma paralela, cómo opera el mecanismo, vale decir, de qué forma y en qué grado pueden incidir los acontecimientos sobre las estructuras?. Braudel no lo hace nunca —no he sabido encontrar en ninguna parte de su obra indicaciones precisas en este sentido—, y eso ya es señal suficiente de cuales son sus prioridades. Y queda claro por qué cuando se toma en cuenta una idea muy recurrente.

Braudel mantiene que la ‘realidad’ mediada por la mente de los agentes nunca es ‘pura’ o ‘completa’; que los seres humanos que se desenvuelven en el mundo terrestre de lo cotidiano solamente son capaces de desarrollar una conciencia incompleta e imperfecta del mundo externo. Esto sucede así porque estamos coartados por nuestras cárceles lingüísticas y nuestro menudo horizonte experiencial. Cuando un hombre corriente quiere describir y explicar un hecho que le haya ocurrido, emplea las mismas categorías que le sirven para comunicarse en la vida diaria, y con las mismas categorías que usa todo el tiempo, sin siquiera advertirlo, para dar sentido a las

¹⁶ F. Braudel, *Op. cit.*, pp.26-27.

¹⁷ P. Ricoeur, *Op. cit.*, vol.1, p.182.

cosas que ve o le suceden: se declara contento cuando logra atribuir toda la responsabilidad de una ocurrencia determinada a personas de carne y hueso. En sus pálidas explicaciones teleológicas las fuerzas exteriores a los individuos cumplen un papel realmente menor. Es que el hombre de la calle no necesita llegar al fondo insobornable de las cosas –por ejemplo, a su concreción en estructuras– para alcanzar la satisfacción de sus dudas o el alivio de su angustia existencial: le basta con encontrar *culpables* o *responsables*, para sentir que todo está en orden.

El historiador tradicional, que intenta ver el mundo desde la perspectiva desventajosa que ofrecen los propios agentes, operando en base a las categorías de intención y autodeterminación, queda atrapado en el mismo berenjenal. Por más que quiera evitarlo, no podrá llegar a lo *real*, pues siempre va a estar sujeto a lo que un marxista llamaría una ‘falsa conciencia’. Desde allí, desde esa conciencia perturbada que exagera lo teleológico, damos el paso a las narraciones, empeorando el cuadro. El hombre de la calle, sabemos, nos dice todo lo que le pasa, todo lo que le parece interesante, a través de relatos. Nos cuenta cosas, de él y de los demás. En esas historias de la vida cotidiana, prima el dramatismo de la peripecia, los tramos más cortos, el protagonismo de los actores, la voluntad, a veces la sinrazón. Los determinantes estructurales, las fuerzas que no son personas, tienen una parte muy menor. Pareciera como si hubiera algo en la forma presentacional que nos llevara siempre a cargar las tintas para ese lado, con independencia de cuales sean nuestras afiliaciones teóricas. Es por ello que no resulta banal que el historiador tradicional acostumbre mire la vida desde las cárceles porosas del lenguaje ordinario, y menos que organice todo su material usando como instrumento un objeto estético tan tendencioso como los son las narraciones.

Las personas corrientes y los historiadores que quieren explicar lo humano desde su óptica, desde sí mismos, no operan así por gusto o por mala disposición, sino por un simple problema de ubicación y por las restricciones que presenta la forma que usan para mediar simbólicamente con el mundo. Los agentes, nos dice Braudel, están situados en un punto en el tiempo y el espacio nada de conveniente, que ofrece un ángulo visual que les impide ver mucho más allá de las narices. Sus vidas son demasiado breves como para que puedan entender fenómenos que transcurren en un tiempo muy largo (casi geológico y, desde luego, superior a la escala humana), cuyo sentido y dirección solo se hacen visibles una vez que el proceso ha concluido. Por más que quieran, nunca podrán separar lo interesante de lo insustancial, aquellos hechos seminales preñados de futuro y aquellos otros que pueden mostrárenos muy ampulosamente pero que no llevan a nada. Si sumamos a esta dificultad de perspectiva, las limitaciones ya han sido apuntadas –concerniente a lo empobrecedor que resulta la sacralización del acontecimiento y la perversa costumbre de examinarlos como si no tuvieran más que una sola cara–, peor aún. A la imperfección del enfoque habrá que añadir la perturbadora distorsión que supone el querer hacer

inteligible lo 'real' (las estructuras) desde una 'ilusión' (los acontecimientos singulares del corto plazo)¹⁸.

Y ya vamos viendo qué es lo que molesta a los *annalistas* de los relatos. Son construcciones que se alimentan de una perspectiva deficiente –la de los agentes–, que se dejan guiar por la subjetividad del escritor y por las restricciones que plantea la forma. El resultado es una exacerbación de la dimensión teleológica, contaminada de una dosis desagradable del virus idealista, que impide que veamos la bella morfología de esos continuos interminables que son las estructuras (incluso cuando el continuo en cuestión es miembro de la categoría “cultura”). Ahí está el problema, señala Patrick Hutton:

“This interest in deep structures has prompted most *Annales* historians to abandon conventional narrative as a primary technique of historical writing. They criticize it for its teleological implications –that is, the narrative which gathers events into coherent story employs a subjective judgment about the direction in which the historical process is tending. Narrative imposes a “plot-line”, which contains the historian’s subjective assessment of the meaning of the past for the present. The *Annales* historians propose instead to describe structures as they were objectively used rather than events as they are subjectively perceived”¹⁹.

Hay una gran paradoja en todo esto. Braudel quiere hacer una historia de fuerzas impersonales, en que la presencia de lo humano siempre está como amortiguada, pero lo hace mediante el recurso de la metonimia: compone un relato en el cual los protagonistas son entidades abstractas, a las cuales atribuye rasgos humanos; esas entidades tan *sui generis*, convertidas en *personajes* –no les alcanza para *personas*–, aportan el espinazo para trama que el relato se encargará de develar o de configurar.

En Braudel es evidente, pues, un rasgo característico de la segunda generación de *annalistas*. Bloch y Febvre descubrieron la importancia de las fuerzas impersonales, pero no se olvidaron nunca del papel que cabía en la historia a los seres humanos. La perspectiva del agente, individual y colectivo, siempre estaba presente como voluntad o bajo la forma más antropológica, aunque imprecisa, del ‘utillaje mental’. Uno advierte tras la lectura de sus obras principales que estos autores escriben bajo la persuasión de que acontecimientos y estructuras eran niveles complementarios de cualquier explicación inteligente de los grandes procesos. Los *Reyes Taumaturgos* de Bloch y el *Lutero* de Febvre son particularmente aleccionantes en este sentido.

La segunda generación adscribió a posiciones mucho más deterministas; la importancia de la acción humana intencional en la explicación del cambio histórico fue reducida hasta casi hacer

¹⁸ S. Clark, *Op. cit.*, pp.173-74.

desaparecer; los temas económicos y sociales adquirieron, entre 1945 y 1965, una presencia abrumadora; los historiadores, comenta Revel, parecían hipnotizados con su nuevo juguete y no lograban pensar en que pudiera haber otro objetivo deseable²⁰.

Hay un cambio en los acentos que todos notan, entre ellos el mismo Febvre, que mira lo que está sucediendo enchido de satisfacción, pero también constreñido por algunas dudas. Febvre siente que su discípulo más aventajado, Braudel, ha logrado llevar al terreno de la práctica lo que el mismo y Bloch habían defendido mediante exhortaciones bastante vagas –una determinada forma de presentar un programa, más que un programa que cuente por su propio peso– y unas cuantas realizaciones empíricas de alcance mediano²¹. La *nueva historia*, tantas veces prometida, por fin tomaba el rostro de una realización satisfactoria. Más que satisfactoria: magistral. Braudel consigue que el complejo conformado por un océano completo, con su entorno aledaño, adquiera la dignidad que los fundadores habían querido reservarle a los pulsos profundos de la geografía, la demografía, la economía. Pero esta faena de elevación de nuevas categorías para la historia trae consigo un problema nada de menor, que Febvre no sabe como resolver: el hombre, sustancia tradicional de la historia, desaparece bajo los grandes espacios; ya no es un *viviente*, sino una pura *abstracción*; eso no puede estar bien, piensa. ¿Cómo reconciliar un enfoque estructural, que trasciende al individuo, con ese mismo individuo transcendido? Para lograrlos sería necesario un expediente que aparece como auto-contradictorio: instalar un nuevo tipo de historia, una forma completamente distinta de abordar el pasado, pero retener, a la vez, el viejo concepto de hombre, aquel ser humano cuyo aliento servía de material para las narrativas tradicionales²².

Lo que sucede con los *annalistas* de segunda generación es que se forman la convicción de que ese equilibrio no puede lograrse: no podemos ofrecernos como transformadores radicales si a la vez nos obsesionamos por mantener uno de nuestros dos pies bien prendido del pasado.

Estas tendencias se afirman cuando se instala una tercera generación de historiadores, mucho más inclinada a favor de los números, de lo social y económico. El pasado, proponen, es un continuo sin fin, en que el verdadero sujeto es la fisonomía tangible de la serie, mucho más que los eventos que la ejemplifican.

La 'historia serial', pues, intenta dar cima al objetivo seminal de la escuela: librarse en forma definitiva de la implacable dictadura del 'hecho' (único y significativo), insistiendo no sólo en que no hay hechos puros, sino defendiendo que lo verdaderamente determinante en el dato no es la

¹⁹ Patrick H. Hutton, "The history of mentalities", en *History and Theory*, 1981 20(3), p.240.

²⁰ J. Revel, *Op. cit.*, pp.22-23.

²¹ André Burguière, "Histoire d'une histoire: la naissance des Annales", en *Annales E.S.C.*, noviembre-diciembre 1979, p.1350.

²² Hans Kellner, "Disorderly conduct. Braudel's mediterranean satire", en H. Kellner, *Language and historical representation. Getting the story crooked*, Madison, Wisconsin: University of Wisconsin Press, 1989, p.155.

existencia de una sustancia que lo dote de una individualidad irreductible, sino lo contrario de aquello: lo que hay de típico en cada instancia. La tarea de los historiadores consistiría, en una primera etapa, en descubrir las recurrencias, los comunes denominadores, y en usar ese conocimiento para reducir el material disperso a categorías de elementos afines; luego de esa labor clasificatoria, se construirían las series que nos permitirían percibir los cambios profundos que se modulan en el muy largo plazo, que son los únicos importantes y reales²³.

Unos comentarios sobre la historia serial.

La historia serial no es meramente el nombre francés de la historia cuantitativa. La historia cuantitativa y su descendiente directa, la cliometría, se propone satisfacer más o menos el tipo de expectativas –modestas– que se plantea como alcanzable la ciencia: trabajar con completa seriedad matemática unas cuantas variables, con el objeto de poder ofrecernos explicaciones muy rigurosas de pequeñas parcelas de la vida (dejando el resto de la realidad, toda aquella parte que no puede ser reducida al número, en las penumbras, al alcance del filósofo, el teólogo o el historiador tradicional preocupado por las ‘esencias’ o los aspectos ‘interiores’ de los comportamientos). El cliometrista histórico que manipula variables, para establecer correlaciones, suele tener su corazón muy bien puesto en el presente: comete el anacronismo de aplicar las teorías y métodos que son corrientes en las ciencias normales de su *hoy*, a hechos muy remotos, precisamente para dar contestación a la clase de interrogantes que resultan acuciantes en el aquí y ahora.

La historia serial se mueve en otra dirección. No se supedita a las determinaciones y restricciones de la teoría y el método; tiene, al igual que la historia tradicional, un interés sincero en el pasado en sí mismo. Cree en la cuantificación porque piensa que puede servirle para aprehender la realidad profunda que se oculta por debajo del dato estéril, porque está convencida de que puede mostrarnos, en un lenguaje mucho más preciso, sus ritmos y su morfología. Quiere que el estructuralismo signifique algo más que una invitación estimulante. Hasta ahora, se nos dice, no había claridad sobre que debíamos como “estructura” y menos, sobre cómo había que abordarlas. ¿Qué es una estructura? Un sistema de relaciones que se desliza, muy quedamente, a lo largo del tiempo. Nada tangible, nada que sea evidente a simple vista. Sabemos que estas fuerzas sumergidas, de cobertura inacabable –acaso, toda una civilización–, son poderosas, que conforman los marcos a los que deben atenerse todos los existentes; sabemos que viven ciclos, acentuaciones y fisuras. Pero nuestro modesto aparato perceptor no está adaptado para volar a estas alturas. Podemos decir de qué color es la camisa que usa un amigo, pero no podemos entender, de manera natural, estas formaciones misteriosas. ¿Qué hacer? Lo que es oscuro para nuestra disciplinada razón de historiadores, tal vez pueda ser desvelado por otros medios. De eso

²³ François Furet, “Quantitative history”, en Felix Gilbert y Stephen Richard Graubard, eds., *Historical*

se trata: la forma y modulaciones de las estructuras puede ser revelada de manera indirecta, mediante el recurso al número. Una vez que dispongamos de una cantidad adecuada de series, obtendremos el esqueleto de un gran cuadro, y quizás podamos, al final, pintarlo en todos sus detalles significativos. Para allá va la cosa: las series son el esqueleto de estos sistemas en equilibrio y son el camino a una 'historia total', atendida a las exigencias de una empresa científica (una historia polifónica, que nos ofrezca bastas visiones de conjunto, pero por caminos distintos a los recorridos por las filosofías especulativas de la historia).

Hay algunos de presupuestos aquí, que vale la pena examinar.

La historia serial cree que el hombre puede ser resumido a través de secuencias numéricas. Las series, propone, son la síntesis de una vida que es comprendida como un agregado de estructuras. Para llegar a ellas no basta hablar el idioma adecuado –las matemáticas–. Se requiere ver las cosas en su nivel correcto. En la metáfora *dantesca* de Chaunu y Vovelle, el hombre, como ser social, nos es presentado como el huésped de una casa que tiene tres pisos: en el primero de ellos se encuentra radicado el *homo economicus*; en el segundo, el social; y en el tercero, el cultural. Estos niveles o esferas estructurales, sin embargo, nunca pueden ser asidos como cosas aisladas. Los sistemas de producción y distribución; las formas de interacción social y las jerarquías; las instituciones que norman los comportamientos de los colectivos y de los individuos; la cultura, mentalidad y las creencias, existen sólo en la interacción, son subconjuntos dinámicos de un sistema de equilibrio de gran estabilidad. La explicación del historiador consiste en explicitar las entreveradas interconexiones que dan vida al sistema, a través del lenguaje correcto: las matemáticas²⁴.

La fragilidad de esta forma matematizada de practicar la historia total, que ha pretendido trascender la noción de acontecimiento singular, está a la vista: es dudoso de que quepa aplicar a realidades tan evasivas e inaprensibles como las culturales, los mismos métodos que emplean los historiadores sociales y económicos para escrutar las 'coyunturas' y las 'estructuras' –la historia serial en el "tercer nivel" de la cual nos habla Chaunu–; es difícil creer que la serie pueda proporcionarnos un medio que nos permita paliar, de una manera más o menos aceptable, la ausencia de medios de verificación experimental en la historia. Las matemáticas sirven para muchas cosas, pero no han servido para refundamentar de una manera no metafísica el proyecto de la historia total: la historia serial ha sido muy fecunda en la pequeña escala (historia local), pero muy poco satisfactoria en un plano más amplio. Una de las (muchas) razones por las cuales esta apuesta ha fracasado se encuentra, en mi entender, en las deficiencias matemáticas que presenta el proyecto mismo de la serialización. Las estructuras son redes, y las redes no pueden ser

studies today, Nueva York, Norton & Company, 1972.

²⁴ Christopher Lloyd: *The Structures of History. Studies in social discontinuity*, Cambridge, Mass.: Blackwell, 1993, p.120.

aprehendidas con estadísticas elementales; se necesita un trabajo de modelización a partir de sistemas de ecuaciones y se necesita incluir ponderadores matemáticos. ¿Cómo penetrar ese delicado tejido de interconexiones que se traba entre los elementos de un sistema y entre los distintos sistemas? ¿cómo establecer las prelación o los órdenes de importancia a partir de una modesta estadística descriptiva? Eso no resulta a menos que, por debajo, sigan marcando presencia aquellos criterios metafísicos, subjetividades, gustos estéticos, que se ha querido abolir²⁵.

Otro problema serio que deja planteada esta forma de historia total estructural, que ha querido arrimarse a las cosas últimas y más importantes de una ‘manera científica’, es que no se ha llegado, a fin de cuentas, a un lugar mucho más interesante que aquel en el cual nos habían dejado Hegel y los filósofos especulativos, a quienes acusábamos de sacrificar la realidad para beneficio de la simetría de los sistemas. El nuevo historiador serial ha debido contraer demasiadas deudas con disciplinas para las cuales la dimensión temporal es algo completamente subalterno (geografía, economía, antropología estructural, sociología marxista de las ideologías, semántica estructural, psicoanálisis y retórica de los discursos)²⁶, y el final de todo esto bien pudiera ser, como muchos han temido, en una suerte de *hara kiri* intelectual cuyo rostro son esas dos criaturas que llamamos *historia inmóvil* o *historia sin gente*.

Quiero decir un par de cosas sobre la importancia del estructuralismo para los ‘nuevos’ historiadores franceses, que se relacionan más directamente con el tema de la *enunciación*, que es el plato de fondo de este ensayo.

Es fácil de explicarse por qué los miembros de esta escuela se sintieron atraídos por el estructuralismo. El estructuralismo es un movimiento de pensamiento, una *actitud*, pero fundamentalmente “el nombre de un método”²⁷, que surge en contradicción con el existencialismo, la fenomenología, el subjetivismo idealista, el humanismo personalista, el historicismo y el empirismo más factualista. Estas vertientes del pensamiento occidental, distintas en muchos aspectos, concordaban en una premisa esencial: el endiosamiento del “yo”, el énfasis en la libertad

²⁵ La filosofía analítica se topará con el mismo problema. La idea de causas como *condiciones necesarias* no basta. Se necesita que haya un criterio extra-textual de naturaleza objetiva que nos permita resolver la cuestión de las ponderaciones. Pero mientras más buscamos más se nos hace evidente que la carencia que experimentamos acaso no pueda tener jamás un alivio. Por ahí comienza a deslizarse la apuesta narrativista: cuando descubrimos que no existe nada en el exterior del relato –más allá, por cierto, de la subjetividad soberana del escritor– que actúe como arbitro externo para la razón inquisidora; cuando descubrimos que un hecho o una causa, será ese hecho o esa causa si así lo requiere la narración dentro de la cual vive (y para la cual es necesario).

²⁶ Ricoeur, con ironía, se pregunta si puede seguir siendo *histórica* esta historia que se basa en disciplinas a las cuales el tiempo no les importa lo más mínimo (P. Ricoeur, *Op. cit.*, vol.1, pp.189-93).

²⁷ Vincent Descombes, *Lo mismo y lo otro. Cuarenta y cinco años de filosofía francesa (1933-1978)*, Madrid, Cátedra, 1979, p.108.

del ser humano, y en sus capacidades para forjar un destino individual y colectivo. El estructuralismo se coloca en las antípodas de la megalomanía del “yo”; pone a los existencialistas y fenomenólogos franceses, que dominaban el escenario cultural en la década de 1950, en el banquillo de los acusados, y comienza la ambiciosa tarea de borrar del vocabulario palabras con mala prensa, como “representación”, “identidad”, “dialéctica” y, principalísimamente, “sujeto”. El estructuralismo quiere trascender al individuo como categoría fundamental, haciéndonos ver el grado en que la libertad se encuentra restringida en el mundo cada vez más organizado de nuestros tiempos, en que los hombres sólo pueden instanciarse dentro de una red inagotable de condicionamientos²⁸.

Los seres humanos, se nos plantea, son inexistentes más allá de las relaciones que los constituyen y que especifican su conducta. Esas *formas*, que subyugan al “yo”, no son evidentes a primera vista. La conciencia y el aparato perceptor viven prendidos de las ilusiones del mundo fenoménico. Hay que trascenderlas, para lo cual se necesita un método: el estructural. El análisis estructural es un método comparativo que quiere ayudarnos a descubrir los sistemas de relación subyacentes, que habitan debajo de los fenómenos, y que luego se esfuerza por hallar las equivalencias formales que pueda establecerse entre dos o más sistemas de relaciones. Al elevar las pesquisas desde el nivel de lo aparente –el individuo– a un grado más alto de abstracción –las estructuras o, más bien, las relaciones entre estructuras–, comienza ser posible el convertir a las ciencias humanas en científicas.

En unos casos –Piaget o Barthes, por ejemplo– la *actitud* estructuralista se traduce simplemente en el esfuerzo por encontrar un principio heurístico más rico que nos ayude a hacer visibles las estructuras latentes, que nos permita advertir formas de organización de los fenómenos que de otra manera no podrían revelársenos, pero en otros ha dado pie a fórmulas mucho más ambiciosas: a teorías filosóficas completas sobre el hombre y la historia.

No es indiferente el punto en el cual escoja situarse un movimiento historiográfico conectado con el estructuralismo. En el primer cabo nos topamos con una serie de recursos metodológicos que nos permiten enriquecer el acercamiento al mundo pasado, sin adular nuestros objetivos epistémicos. En el segundo, nos encontramos con arquitecturas filosóficas altamente complejas, como las Althusser, Lévi-Strauss, Foucault o Lacan, que contienen a la vez, una filosofía de la historia y una filosofía del hombre, que lesionan nuestras seguridades más básicas: profundamente anti-historicistas, deniegan la importancia del tiempo, y refutan aquella concepción del hombre que nos lo presenta como un ser libre, responsable, consciente, racional, capaz de alimentar la historia con su voluntad, su energía y su creatividad.

²⁸ V. Descombes, *Op. cit.*, pp.105-108.

Quiero gastar unas líneas en este tema. Su objeto es hacer evidente el sesgo particular del estructuralismo de los historiadores de los *Annales* y la forma en que este sesgo, sumado a la tendencia que muestra el movimiento al eclecticismo epistemológico y metodológico, ayuda a entender la bien peculiar teoría de la enunciación de estos historiadores.

Una constatación, primero. En 1971 los *Annales* publica un número especial dedicado a estudiar la relación de entendimiento, muchas veces polémica, entre la disciplina y el estructuralismo. El secretario de redacción de la publicación comienza haciendo un reconocimiento: la historia del estructuralismo francés, desde sus etapas más tempranas, está carnalmente imbricada y superpuesta a la de la escuela; hablar de estructuralismo fue, durante mucho tiempo, hacer referencia a los *Annales*. Más tarde el enfoque estructuralista se hizo mercadería tan socorrida en todo el mundo, hasta tal punto que hemos llegado a olvidarnos del carácter profundamente disruptivo que tuvo en sus orígenes, y de la importancia que cupo a los *annalistas* en su aceptación dentro de la profesión²⁹.

La propuesta de los *Annales* corresponde básicamente un alineamiento a favor de una determinada filosofía de la acción; no se trata de un nuevo tipo de epistemología³⁰. Si la escuela hubiese asumido como meta hacer una defensa del estructuralismo como teoría, a través del trabajo historiográfico, probablemente habría sentido alguna predisposición a favor de las formas más extremas de estructuralismo, cuya simetría perfecta es más concordante con el espíritu racionalista francés. Pero no fue eso lo que sucedió. Hay muchas razones para ello. Desde luego, siempre debe resultar difícil para un historiador el aceptar propuestas que no podrían sino acabar, a la larga, en una forma de historia deshumanizada: *sin tiempo* y *sin gente*.

El estructuralismo de estos historiadores es algo muy libre. No hay aplicación concordante de un repertorio de principios básicos, sino, más bien, diversas de líneas de investigación amparadas en el paraguas ofrecido por la mitología comparativa, la lingüística, la antropología cultural y la semiología. Al lado de esas perspectivas, que abren los horizontes del investigador pero que no lo constriñen de manera estricta a nada (como sí sucede con los especialistas de todos estos campos vecinos), ha habido un par de entendimientos teóricos y metodológicos muy generales, que dan al *annalismo* un cierto aire común, pero que resultan completamente insuficientes si de lo que se trata es de calificar a esta postura como un sistema de pensamiento: un rechazo a las explicaciones genéticas del historicismo, una mirada que se detiene más en las permanencias que en el cambio, y, sobre todo, una visión sistémica de las cosas. La actitud más firme del historiador estructuralista –dicho de otro modo, la contribución más importante del estructuralismo a la historia– es el rechazo que manifiesta a “tratar la realidad social como un mero

²⁹ André Burguière, “History and structure”, en Jacques Revel y Lynn Hunt, *Histories. French construction of the past*. New York, The New Press, 1995, vol.1, p.233.

³⁰ S. Clark, *Op. cit.*, p.169.

agregado de elementos unitarios (hechos, eventos, símbolos, ideas)". Los fenómenos aislados no significan nada y no son suficientes para ofrecer al investigador acceso al *todo* que informan y del cual depende su sentido³¹.

En la década de 1960 la convivencia más o menos fácil sostenida entre la historia y el estructuralismo concluyó, un vez que se impusieron ciertos extremismos que resultaban incompatibles con el ser de la disciplina. Una vertiente del estructuralismo quiso seguir la huella científicista que Durkheim y su discípulo Simiand habían querido imponer a las ciencias sociales a principios del siglo XX. Antropólogos, lingüistas, semiólogos, y en menor medida, sociólogos y psicoanalistas, defendieron un tipo de análisis estructural cuya preocupación central era la gramática de enunciados. Esta fascinación por el formalismo, que se tradujo en logros como los de Levi-Strauss y de Althusser, no necesitaba de la historia. Al lado de estos sistemas cerrados y rígidos surgieron las fórmulas que predicaban, con la convicción del recién converso, un textualismo radical, que no dejaba nada vivo más allá de las fronteras de las criaturas lingüísticas, un estructuralismo que nos invitaba al abandono "of any conception of past written texts which models these texts as expressions of what was "outside" the author, "inside" is mind, or "beyond" his understanding"³². En un clima como ese, aquella interdisciplinareidad flexible y acomodaticia que había primado hasta entonces, y que había fertilizado de tantas maneras la mirada inquieta del historiador, desapareció. ¿Qué hacer frente al imperialismo del lenguaje y los signos? ¿qué hacer con un tipo de análisis que convierte a la dimensión temporal, esencial para el trabajo intelectual del historiador, en un campo completamente vacío? No parecería haber más opciones que la claudicación o el rechazo. Los historiadores franceses optaron por el segundo camino.

No fue necesario dar un gran paso para ello. Pese a la popularidad de que llegó a gozar el estructuralismo, lo cierto es que la sincronía y el inmovilismo nunca fueron abrazadas con completa convicción por estos historiadores; ni siquiera en los tiempos en que el estructuralismo ejerció una influencia preponderante dentro del movimiento.

Ya hemos visto la manera en que Braudel logra salir, con cierta gracia, de las trampas que le tiende la larga duración, situándose en un punto intermedio entre ese tiempo episódico del historiador, en el cual todo parece estar sujeto a una dinámica de cambio constante, y una larga duración como aquella a la que es afín el pensamiento sociológico, descronologizada, que sobrevuela los acontecimientos sin rozarlos, en la búsqueda de lo inmutable.

Un análisis similar puede hacerse a propósito de la tercera generación de *annalistas*, generación que tuvo como cabeza a Emmanuel Le Roy Ladurie.

³¹ A. Burguière, "History and structure", p.233.

³² Sande Cohen, "Structuralism and the writing of intellectual history", en *History and Theory*, 1978 27(2), p.189.

En 1973 Le Roy Ladurie hace su estreno en el Collège de France, con una lectura cuyo título es “L’histoire immobile”. ¿Puede haber un tipo de historia como la sugerida por este título tan gráfico? Pareciera que el estructuralismo del sucesor de Braudel en la dirección de los *Annales*³³, asume las formas más puras y racionales, y que la historia, como disciplina, queda disuelta en la sociología o la ecología.

El asunto merece un análisis más cuidado, pues el argumento que he estado intentando desarrollar es que el asesinato del individuo y del acontecimiento, que quiere servir al objetivo subordinado de cancelar la historia narrativa, nunca ha llegado a ocurrir. Propongo que el estructuralismo no hace desaparecer nada, sólo provoca transformaciones cuyo efecto es repotenciar viejas adquisiciones de la disciplina, lanzándolas hacia nuevos horizontes y ampliando nuestra mirada hacia esferas de la vida social que antes habían pasado desapercibidas para nosotros. Debo defender, por lo tanto, que la historia logra sobrevivir incluso en esta historia focalizada y deshumanizada.

Es fácil hacerlo. En Le Roy Ladurie la mirada estructuralista toma cuerpo mucho más definido que en Braudel. Pero son sólo apariencias. La cuestión de si el proyecto racionalista del primero es más enfático e inflexible que el del segundo, puede ser incluso falsa, si sometemos a examen crítico lo que podría ser descrito como el nudo gordiano de todas estas *historias totales de la larga duración*: la manera en que ellas abordan el problema teórico que plantea la explicación del cambio social en gran escala.

Uno puede hacerse cargo en forma satisfactoria de las transformaciones que se verifican a nivel de las subestructuras que componen los sistemas —especialmente durante aquellos movimientos pendulares que los franceses llaman ciclos o coyunturas, en que ellas se hacen visibles—, con los recursos del estructuralista. Los factores causales están a la vista y puede establecerse, a través de correlaciones, el grado en que las variables independientes controlan a las dependientes. Pero eso no funciona cuando nos elevamos al nivel explicativo que exige el proyecto de la historia total. ¿Cómo pueden transformarse esos vastos e imbricados sistemas que tienden por su propio peso a la estabilidad? ¿qué papel específico cabe en esas transformaciones a los individuos poderosos, las clases, los grupos organizados?. El individualismo metodológico tiene una respuesta para aquello. Puede explicarnos los fenómenos sociales, los comportamientos y la conciencia colectiva e individual haciendo referencia a las motivaciones y acciones de quienes considera como los agentes de la historia. Puede argüir que el trabajo microscópico es la puerta de entrada para las aclaraciones macroscópicas. El holismo metodológico no tiene la misma seguridad en sus respuestas. Nunca es clara la manera en que será posible abarcar el *todo* a partir de nuestros limitados instrumentos cognoscitivos, incluyendo en el ejercicio de aprehensión tanto

³³ Braudel tuvo a su cargo la publicación entre 1956 y 1968. Le Roy Ladurie lo relevó en esa función a

los elementos que lo conforman, las interconexiones que esos elementos mantienen entre sí, como las situaciones de desequilibrio que desembocan en el cambio. Para operar en esta esfera no bastan los recursos de la estadística, ni los discretos ejercicios lógicos de la ciencia (que ofrecen acceso a verdades igualmente *discretas*); se requiere una teoría general del cambio social altamente sofisticada (y sospechosamente metafísica, en el sentido de que no es posible concebir el tipo de ejercicios verifcatorios que permitirían establecer la verdad o falsedad de una proposición de esa clase y envergadura).

Braudel zanja el asunto apelando a una forma simple de materialismo histórico. Cuando debe hacerse cargo de explicar el cambio estructural, se comporta con la seguridad de quien domina una teoría explicativa de gran generalidad (una 'teoría de teorías') que tiene la capacidad para abarcar un orden muy amplio de fenómenos. La vida social parece desordenada, pero si se la mira bien descubriremos que detrás de las transformaciones siempre se encuentran activos y determinantes los dominios de la vida material. Los cambios en el clima, la geografía o la tecnología son los detonantes que fisuran los sempiternos y rígidos macro-sistemas de equilibrio. Las personas, los acontecimientos, la incertidumbre de lo contingente, cuentan poco y no es hiperbólico plantear que han sido trascendidos.

Le Roy Ladurie es completamente escéptico sobre la materia; rechaza todo tipo de determinismo, incluido el de su antecesor. Cuando quiere individualizar las fuerzas que han contribuido al cambio, la enumeración parece inacabable: iglesia, estado, moneda, alfabetización, grupos sociales, racionalidad de la burocracia, particularidades del comercio, grado de urbanización. Lo mismo sucede cuando uno hurga, detrás de sus cuadros o de su prosa, en búsqueda de su arsenal teórico. Puede toparse, en cortos tramos de tiempo, con fundamentos de meteorología, climatología, geología, física, biología, arqueología, economía, demografía, sociología y distintos tipos de antropología. Todo prisma que sea útil para su trabajo de escrutinio y restitución, tiene cabida; en Le Roy Ladurie desaparece todo interés por la consistencia teórica y metodológica; no hay límites, ni pudores; cualquier cosa que pueda servir, será utilizada.

La explicación, en la forma en que la entendía la segunda generación de *annalistas* (en términos de determinismo material, en un sentido amplio o no marxista), simplemente no existe. Puede decirse, señala Lloyd, que "there is in fact no explanation offered, because if everything is used to explain everything then nothing is explained"³⁴. Pero precisamente de eso se trata. Le Roy Ladurie individua, describe y explica cada proceso en forma separada. Si hay que relacionar sus hallazgos, lo hace. Pero no le interesa descubrir la naturaleza última de sus objetos ni de las relaciones que ellos traban entre sí. Sabe que los edificios teóricos muy bien cincelados están constitutivamente adaptados a un sólo fin: el descubrimiento de la *esencia profunda e inalterada de*

partir de 1969.

las cosas. Y eso no le interesa. Por el contrario, Le Roy Ladurie, muy historiador, tiene siempre sus ojos puestos en el cambio. Su *historia inmóvil*³⁵ y su *historia sin gente*³⁶, que nos hablan de ciclos y coyunturas que tienen lugar sobre unas macro-estructuras geográficas, económicas y demográficas que permanecen inalteradas a lo largo de varios siglos, pueden sugerir la idea de que al autor le importa descubrir los elementos inalterables que dan continuidad a la vida. Pero se trata sólo del resultado que se sigue de la opción por un período histórico y un tipo de sociedades –agrícolas, tradicionales o pre-industriales, entre el año 1000 y el siglo XVIII–: no hay aquí voluntad explícita ni implícita de negar el cambio.

Su estructuralismo tan personal no es una mirada canceladora. La historiografía de nuestros días, se lamenta Le Roy Ladurie, ha creído que avanzar es restringir:

“with its preference for the quantifiable, the statistical and the structural, has been obliged to suppress in order to survive, which is a pity. In the last few decades it has virtually condemned to death the narrative history of events and the individual biography”³⁷.

Pero la verdad es que los hechos y la historia narrativa, no pueden ser trascendidos, absorbidos ni reciclados como se pretende pues ello equivaldría abolir el tiempo. ¿Podemos, los historiadores, prescindir del tiempo? Esa amputación puede parecer deseable a algunos, pero nunca serían suficientes los medios que dediciéramos emplear para la ejecución de una tarea que es constitutivamente irrealizable, dado que no existen los equilibrios estáticos. Incluso “the most logically composed structures (in rural history for instance, where these things are less complicated than elsewhere) have their phases of disequilibrium, their swings and cycles, their moments of reversal or restoration and their secular pendulum movements which can be regarded as the very stuff of today’s historical narratives”³⁸.

Tampoco podrá tener nunca asunto el intentar eliminar los acontecimientos mediante el camino oblicuo de intentar cubrirlos o explicarlos a partir de leyes universales o probabilísticas. La historia “estructural”, “sistémica” o “total” no puede exorcizar lo azaroso y contingente, y hacer de la historia algo más lógico, inteligible y predecible. Eso no se puede, ni se debe. La vida es azar, no determinación. Le Roy Ladurie lo entiende y escoge hacer de las transiciones estructurales el objeto de sus afanes profesionales. Es en estos momentos de cambio en los que se revela, como nunca, lo caótico, lo sorprendente, y, al fin, lo esencialmente humano. Esa comprensión tan de

³⁴ C. Lloyd, *Op. cit.*, p.126.

³⁵ Emmanuel Le Roy Ladurie, *Les Paysans de Languedoc*, Paris, S.E.V.P.E.N., 1966, 2 vols.

³⁶ Emmanuel Le Roy Ladurie, *Times of feast, times of famine: a history of the climate since the year 1000*. London: Allen and Unwin, 1972.

³⁷ Emmanuel Le Roy Ladurie, *The territory of the historian*, Chicago, University of Chicago Press, p.111.

³⁸ E. Le Roy Ladurie, *The territory of the historian*, p.113.

historiador se revela en sus obras más creativas³⁹. Se trata de ejercicios de micro-historia en los que eventos muy menudos, determinadas fisuras, adquieren una importancia inusitada, equivalente a la de las fuerzas profundas de la historia, y en que todas las piezas del puzzle estructural son ensambladas mediante la utilización de refinadas técnicas narrativas. La historia de las resistencias, las continuidades y de los sistemas adquiere en nuestro autor un carácter mucho más narrativo que el es característico de las obras regidas por los cánones clásicos de la historia descriptiva. En la escritura histórica tradicional la pluma se desliza por la materia que es su objeto de una manera más bien simple y lineal. Eso no sucede con la narrativa de los estructuralistas. Los eventos son iluminados desde distintos puntos de vista a través del relato; la pluma fluye con libertad configuradora y mano de artista, conectando hechos con estructuras, en un tramado coherente que dota al conjunto de mucho sentido.

Resumo mis ideas anteriores diciendo que el estructuralismo no es en Le Roy Ladurie, una teoría que busca confirmación en hechos remotos, sino un instrumento que es ajustado a las características del objeto al cual se aplica. La realidad social es una cosa muy compleja y se hace muy difícil que un historiador con experiencia de campo y buen juicio, pueda esperar una colaboración concluyente del marco de referencia que aporta una teoría. Ya era dificultoso encontrar palabras para aprehender y enunciar los hechos en los que piensa el individualismo metodológico, que son piezas aisladas y autovalentes. Al concebir lo pasado en forma sistémica los grados de complejidad de la tarea reconstitutiva se elevan exponencialmente. No vale aquí ni el enfoque del atomismo lógico, ni el del positivismo, tan afín con él, ni el del cuidadoso erudito tradicional, ni las modalidades de representaciones concordantes con esta visión tan dirigida a lo particular; pero tampoco nos sirve la mirada y la palabra de quienes miran el mundo humano pasado desde la gran teoría. ¿Cómo descifrar la complejidad variopinta de realidades dinámicas, que existen sólo como interacción, con la ayuda de un marco comprensivo muy prescriptivo? ¿quién podría sentirse seguro de poder llegar a la riqueza dispersa de lo humano, con todos sus colores, y rescatar su sentido original, con la ayuda de un par de anteojos que tiñen todo con colores uniformes? ¿no supone este afán reductor una traición al espíritu ecuménico y refrescante que quisieron introducir los fundadores al movimiento?. El historiador nunca puede ser buen estructuralista –digamos, estructuralista consecuente, al estilo de un Levi-Strauss–, si quiere ser, a la vez, reconocido como investigador. Eso lo entiende muy bien el autor que comentamos, que refleja bien las lealtades en torno de las que se constituye la comunidad de la que es parte.

La naturaleza del propio trabajo historiográfico impele a los investigadores a ser estructuralistas poco atildados. Pero es más que eso. Stuart Clark cree que una de las causas del

³⁹ Sus obras *Carnival in Romans* (New York, George Braziller, 1979), *Montillou: aldea occitana de 1294 a 1324* (Madrid, Taurus, 1981), *The beggar and the professor: a sixteenth-century family Saga*, (Chicago, Ill., University of Chicago Press, 1997), son excelentes ejemplos de lo señalado.

eclecticismo teórico y metodológico que evidencian los franceses hay que buscarla en la enorme importancia que ha Saussure en la hora de las definiciones⁴⁰.

Cuando se habla de estructuralismo en Francia, hasta el día de hoy, “no se piensa, salvo excepciones, en el método de análisis estructural como tal, sino en la aplicación de este método a los sistemas de signos”⁴¹. Esa imbricación estrecha con la semiología, que es parte del carácter del estructuralismo y del clima en el que surge la propuesta renovadora de los *Annales*, aporta algo así como una marca de origen que incidirá en las modalidades empleadas por los historiadores para intentar trascender la historia tradicional.

Saussure sostiene que la lengua no es un mero reflejo de la realidad, sino un instrumento de cada cultura para significarla; el lenguaje es anterior al mundo del cual nos habla. La vida social completa, nos dice, puede ser descrita como un proceso de intercambio y combinación de signos. El hecho de que no haya nada más allá del signo implica que sólo podríamos informarnos de manera fidedigna y exacta acerca de ‘hechos objetivos’ si es que existiera (y nosotros pudiéramos identificar) un tipo de relación de necesidad que presidiera las relaciones entre secuencias fonéticas, los objetos a los cuales se refieren, y los conceptos o significados con los cuales las anteriores se combinan. Pero eso no existe. El lenguaje que nos permite tornar inteligible al mundo opera en base a sus propias reglas de significación, reglas que no se rigen por determinaciones estrictas de ningún tipo: las relaciones que se establecen en cada caso entre significante, objetos y significados, dice Saussure, son arbitrarias, puesto que dependen sólo de la convención y de la norma del *uso*.

La idea muy general que afirma que no hay ‘hechos objetivos’ que existan con independencia de unas estructuras (fundamentalmente lingüísticas) que los significan, ha sido parte de la historia de la tradición del *annalismo*. Cuando los precursores del movimiento nos instaban a incluir en nuestro campo de observación todos los objetos que puedan reflejar al hombre –no sólo los pocos documentos–, estaban haciéndose parte de esa tradición que nos invitaba a acercarnos al hombre mediados por los signos, por todos los caminos que seamos capaces de imaginar. La misma preocupación se expresa en la preocupación tan fuerte mostrada por lo ‘mental’, bajo el nombre algo abstruso de ‘utillaje mental’⁴², preocupación que luego revivirá en la historia de las mentalidades y en sus sucesoras, la historia antropológica y la historia de las representaciones.

Todo esto tiene un fuerte sesgo semiológico.

⁴⁰ S. Clark, *Op. cit.*, pp.176-77.

⁴¹ V. Descombes, *Op. cit.*, p.125.

⁴² Dos ejemplos muy claros: *Les rois thaumaturges: étude sur le caractère surnaturel attribué a la puissance royale particulièrement en France et en Angleterre* de Bloch (Paris, Gallimard, 1983) y *The Problem of Unbelief in the Sixteenth Century* de Febvre (Cambridge, MA., Harvard Univ. Press, 1982).

¿Qué tan fuerte? No hay que exagerar. Se trata de una especie de aire de familia, no de la aplicación estricta de la fórmula saussuriana. La crítica de los *annalistas* al realismo de la historia tradicional no importa ningún radicalismo. Una cosa es admitir que la palabra viene antes de aquello a lo que hace referencia y a lo cual significa, que la vida material se despliega sobre un orden simbólico preexistente, y otra cosa muy distinta es llevar aquella aceptación al campo práctico (y otra todavía más distinta, transformar aquel principio en el soporte central de una *nueva* teoría de la historia). Los *annalistas* se quedan a medio camino: ellos creen que hay significados que se instancian más allá de los sistema de relaciones; son, en este sentido, *realistas* como los que más. Pero pretenden ser distintos en cuanto no creen que el mundo experiencial del protagonista sea la vía de acceso a ese nivel basal real: pese a la importancia que conceden a los sistemas, pese al papel mediático que acuerdan a la lengua –a las regularidades lingüísticas– lo cierto es que las cosas siguen importándoles mucho más que las *palabras*⁴³.

La forma en que los *annalistas* experimentan y enfrentan el desafío semiótico es sobremanera importante para entender su postura sobre la escritura histórica. Esa es la razón puntual por la cual me he detenido tanto en la materia.

El realismo con el que comulga la historia tradicional es declarado letra muerta, pero el movimiento no acepta a pasarse a la trinchera contraria, del antirrealismo, que es parte de la corriente principal del estructuralismo francés (que disuelve el problema de la referencia simplemente declarando como inexistente la dimensión no simbólica de las actividades humanas). Hay cosas *reales* en el mundo pasado, después de todo; hay cosas que no están mediadas por lo simbólico, que tienen una existencia independiente indesmentible. ¿Qué cosas son esas? Braudel responde: las estructuras que se despliegan en la larga duración. Quizá todo sea sedimento de la cultura en la que nos instanciamos –incluidos nosotros mismos–, quizás lo único verdadero sea el paisaje ambiguo que pinta el semiólogo, pero puede decirse que hay a lo menos un tipo de cosas que tienen una existencia *natural* –no cultural–, un tipo de cosas que vive antes que las palabras.

Es este tipo tan *sui generis* de *realismo* el que permite que haya una línea de continuidad entre la *vieja* y la *nueva* historia (el que impide, a su vez, el despliegue de un punto de vista genuinamente narrativista, como el que se instala en el mundo cultural anglo-americano) y el que permite a los *annalistas* seguir usando la misma prosa descriptiva y narrativa que ha dominado siempre.

El análisis estructural definitivamente no camina con el lenguaje descriptivo, ni menos con las explicaciones históricas genéticas que nos llegan en envase narrativo. La descripción tiene sentido cuando su asunto es un objeto simple, que se distingue de otros objetos por características inherentes que son fácilmente identificables; cuando, por decirlo de alguna manera, es 'real', en

⁴³ S. Clark, *Op. cit.*, p.179.

algún sentido específico y discernible. También lo tiene cuando, como lo hace el “positivismo fenomenológico”, hacemos el esfuerzo de “volver a las cosas mismas” y suponemos que lo *dado*, es lo dado a la conciencia, lo que *es para mí*. Pero no puede caminar con los objetos tan complejos con los que quiere complicarse el análisis estructural: los elementos que componen los sistemas no son simples datos, que nos muestre la experiencia; por el contrario, lo que *es para mí* corresponde a lo que resulta de una decisión anterior a la experiencia misma. Se trata de vehículos de significado cuya función dominante es servir como facilitadores de la comunicación, y que sólo pueden ser capturados, usando un término muy actual (de Derrida), a través de la ‘desconstrucción’ del sistema de relaciones del cual es parte⁴⁴.

La aplicación consecuente del estructuralismo semiológico, en definitiva, supondría llevar las cosas a donde han querido conducirlos, más adelante, los *narrativistas* radicales, fundamentados en aquello que se ha denominado en Estados Unidos postestructuralismo; recién allí la teoría de la historia ha podido vivir su *giro lingüístico*. Pero los *annalistas* no se sienten obligados a tal cosa. Aquello que quieren rescatar del irrealismo, les permite reformar la historia tradicional, sin cancelarla; debilitar el acontecimiento y filtrar algo el lenguaje, sin acabar con la historia narrativa.

Ese es el asunto que voy a discutir ahora, en extenso.

3.- La teoría de la enunciación de los *annalistas*

He señalado que la desnarrativización francesa se ha llevado a efectos oblicuamente, a través del esfuerzo de derogar individuos y acontecimientos en la historia (sinónimo para los franceses de historia narrativa). Pero ¿ha habido una reflexión en torno a la cuestión de la textualidad de la disciplina?

La respuesta es no.

Los *annalistas* se han solazado, por décadas, formulando críticas en contra de la ingenuidad de los planteamientos de la Escuela Histórica alemana y de la corriente neopositivista, dominante en Francia. Pero el empecinamiento que han mostrado para hollar el suelo ajeno no ha sido correspondido por un interés equivalente en relación al propio. Es poco lo sustantivo que han dicho sobre el objeto central de sus diatribas: la historia narrativa misma (un tipo de conocimiento, ligado esencialmente a un modo de expresión). Parece como si ellos pensarán que bastaba con dar cuenta del ‘hecho autónomo’, de lo ‘individual’, y con acompañar esa labor desmanteladora con la introducción en sus escritos de un lenguaje un poco más analítico (algo de matemáticas, aunque no demasiada), para que, en forma derivada, fuera posible librarse para siempre de la parte

⁴⁴ S. Clark, *Op. cit.*, pp.181-82.

narrativa de la historia. Sin fundamentos no se puede sostener edificio alguno, suponen. Y ellos han quitado el piso a la *historia-relato*, condición para su disolución definitiva. ¿Se necesita algo más? Pues, no. Es accesorio detenerse mucho tiempo en el examen de algo completamente superfluo, como el pretendido estatuto epistémico de los relatos históricos. Supongamos que los textos pueden ser descritos bajo las luces de la teoría del conocimiento. Si es así, será porque detrás del texto hay un conjunto presupuestos filosóficos que han servido de soporte al actividad cognitiva que practica la comunidad profesional de los historiadores. Vayamos directamente al subterráneo, en el que se encuentran las cosas importantes, sin perder el tiempo entreteniéndonos en estudiar las características de un tipo de escritura que no pasa de ser el rostro público que ofrece un punto de vista teórico, equivocado en su raíz.

Predicción muy optimista, que los hechos no han confirmado. La historia narrativa no desapareció por sí sola, una vez que se depuso la preferencia por los hechos. Y lo que nos quedó, fue una gran laguna: los *annalistas* no pudieron decirnos nada interesante acerca de la conexión que existe entre lenguaje y vida; ni siquiera fueron capaces de proporcionarnos un juicio crítico, leal a la perspectiva del movimiento, sobre el objeto de sus des-afectos –la llamada *historia-acontecimental* o *historia-relato*–, que nos permitiera formarnos una idea aproximada acerca de lo que nos estaban hablando. Entonces surge la pregunta, muy propia de un lógico, acerca de si es posible *matar* las narrativas sin antes haberse animado a *pensarlas*. Extraña omisión, más extraña por el hecho de que es perpetrada por unos intelectuales, como los franceses, que han madurado bajo el alero de la semiología.

Nuestros conocimientos presentes sobre los textos, narrativos o no, son muy amplios, mucho más de lo que lo fueron en los días en que las obras de la segunda o la tercera generación de historiadores de la escuela publicaban sus obras. En gran medida ello ha sido resultado de lo que hemos podido aprender de la reflexión inteligente y precursora de críticos literarios como Benveniste o Barthes, muy franceses ellos. ¿Qué es el narrativismo? Hans Kellner responde: la trasposición a la teoría de la historia de las ideas de un grupo reducido de intelectuales franceses, regurgitadas por manos norteamericanas⁴⁵. Y resulta que el narrativismo, la corriente que ha tematizado de la manera más completa todo lo que concierne a la historia en tanto texto, se alimenta directamente de la prédica post-estructuralista. Todos aprenden de la narratología y semiología francesa, de inspiraciones estructuralistas, menos los historiadores franceses...

Un descuido que acaso no sea más que el reflejo involuntario de la conciencia de algo muy evidente: el historiador francés, de inspiraciones estructuralistas, sabe que la parte narrativa de la historia sigue tan viva bajo su reinado como lo estuviera cuando era administrada por el historiador

⁴⁵ Hans Kellner, "Narrativity in history: post-estructuralism and since", en *History and Theory*, 1987, beiheft 26, p.1.

tradicional. La predisposición contraria a la parte de la historia en que se hace arte, que todos se sienten obligados a tener, finalmente puede no significar nada más que un saludo a la bandera.

Porque lo cierto es que la historia narrativa no ha perdido nada de su fuerza original, ni en el suelo anglo-americano, donde los filósofos analíticos han hecho de las suyas, ni en Francia, tierra preferida de los amigos de las estructuras. Remontó bien los tiempos difíciles en que la negación del individuo y del acontecimiento eran esgrimidas como el instrumento para derogar al relato; pudo librarse de muy buena forma de la reingeniería practicada por los historiadores sociales de distintos lados, por los cliometristas y por esa gama muy amplia de enemigos de la polisemia, que reclamaban la necesidad de una clarificación drástica de nuestro lenguaje terrestre. Como señala Chartier, cualquier escrito “propiamente histórico se construye ... a partir de fórmulas que pertenecen al relato o a la intriga”⁴⁶; esto sucede tanto a propósito de las aventuras de héroes como con las epopeyas de océanos.

Los franceses no entendieron esto cuando decidieron abordar el problema teóricamente; pero en el ejercicio práctico de su profesión la cosa fue muy distinta. En la década de 1980 las descripciones estructurales de las sociedades comenzaron a vivir su agosto. Los historiadores renunciaron a las explicaciones coherentes y totales de la vida social, desplazaron el foco de su atención desde lo económico y social a lo mental, y reemplazaron los modelos deterministas de las ciencias por acercamientos a partir de la comprensión. Los investigadores menos comprometidos con los pudores estéticos de la parca enunciación estructuralista –que intentaba reproducir el tipo de comunicación entablada por el jefe de un equipo de investigadores de laboratorio con la comunidad científica–, tan concordante con los usos lingüísticos impersonales de la vieja historia positivista, se sintieron más libres para indagar con soltura en las posibilidades que ofrecía el lenguaje y produjeron una prosa más fresca, expresiva y personal. Stone supo dar una etiqueta a estos cambios y nos habló del “retorno a la narrativa”⁴⁷.

¿Un retorno? La palabra “retorno” no tiene cabida aquí. Si la tomamos con fidelidad descubriremos que hace referencia a un movimiento regresivo: se trata de volver a un estado anterior, que ha sido remontado. Pero no puede volverse a una situación en la que nunca se ha dejado de estar. Si juzgamos a los *annalistas* por la excelente historiografía que produjeron, mucho más por las exhortaciones autocomplacientes con las cuales han querido presentarse al mundo, lo que cabe decir es que la narración nunca ha estado en entredicho, incluso en los momentos más álgidos de la pandemia estructuralista. ¿Qué hicieron salvo ofrecernos nuevos temas y enfoques bien arropados en el formato del relato? Por cierto, su manera de enfrentar la escritura difiere de la que prevalecía en la academia, pero esto se debe nada más que al predominio de otros cánones

⁴⁶ Roger Chartier, “La historia o el relato verídico”, en R. Chartier, *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 1992, p.74.

⁴⁷ L. Stone, “The revival of narrative”, en *Past & Present*, n°85, 1979, pp.3-24.

estéticos. Su prosa muestra muchas de las señas de la antigua, pero aparece fortalecida al depurarse y sofisticarse, en manos de investigadores de gran cultura, con las mentes muy abiertas, con una pluma muy ágil, pero disciplinados en el ejercicio de su creatividad por los rigores de una formación científica más sólida y más amplia.

No es exagerado afirmar que la teoría implícita de la enunciación de Ranke –que Benveniste hiciera explícita⁴⁸–, pudo seguir viva incluso entre quienes se creían sus sepultureros.

Unas palabras acerca de esto.

Los libros de historia franceses, de divulgación o especializados, suscriben una teoría de la enunciación con la cual estamos muy familiarizados: una obra prudente, que nos ofrezca conocimiento seguro, solo puede ser construida por un *escritor ausente*, un narrador que sea capaz de eliminar de raíz todas las señas de su personalidad invasora. Su prosa debe ser distante, constreñida a lo que ordenen las fuentes. Las trazas expresivas del autor deben ser borradas de la escritura, la primera persona singular debe ser aplacada, la subjetividad debe ser controlada de manera que los enunciados puedan ser dirimidos por un verdadero/falso y no por las categorías bien/mal de los discursos controlados por la ideología. No se excluye, en cualquier caso, la belleza de la palabra. Un buen administrador del lenguaje, que haga homenaje a las restricciones a las que estamos sujetos, puede embellecer su prosa con elocuencia, con algo de poesía o con metáforas estimulantes. El lenguaje figurativo da para mucho. Pero aunque es preferible presentar los frutos de nuestros afanes de una manera plástica, no puede considerarse que esa alternativa –ni la contraria–, sean decisivas, en cualquier sentido importante: una obra mal redactada puede ser tan destacable como una escrita por una pluma más suelta. El estilo, bueno o malo, no tiene nada que ver con la calidad de la investigación y *no afecta el contenido del mensaje transmitido* por el investigador.

¿Es la historia un discurso? No puede contestarse a esta pregunta directa más que con un “sí”. Sin embargo, hay que agregar que se trata de un discurso bien particular. Los discursos son escritos por unos personajes llamados “autores” con el objeto de causar algún tipo de efecto en ese otro personaje, que es el “lector”. Cuando estamos ante estudios históricos sentimos la presencia clara del texto, más difusamente la del auditor, pero nos falta completamente la del escritor. La historia es un discurso que pretende no haber sido escrito por nadie. Entonces, cabe preguntarse, ¿quién puso lo que se nos ofrece, *en el texto*? Tuvo que ser alguien, sin dudas. Pero un “alguien” muy deslavado puede ser un “nadie”. Si la figura mediadora del narrador cumple con los deberes profilácticos que son de rigor, bien pudiera suceder que el verdadero mandatario en esta operación de comunicación fuera directamente la realidad misma: tal vez sean los hechos desnudos los que se encargan de decirnos como debemos contar la “story” que nos habla de ellos.

Esta forma impersonal de escribir es parte y condición de un método, de una teoría de la realidad y de una subcultura profesional, desde los tiempos en que Langlois y Seignobos escribieron su *Introducción a los estudios históricos* (1898). Eso no ha cambiado.

¿Hay algo de los positivistas galos, vivo en la obra de los *annalistas*? En muchos dominios, no es así; pero en el que nos interesa aquí, no cabe dar esa respuesta. Cuando se trata de la expresión, pareciera como si el tiempo no hubiese transcurrido: seguimos firmemente asidos del ideal de la objetividad, entendida como *falta de tendencia*; seguimos entendiendo que el camino para llegar a esa meta es la reducción de la presencia del investigador; seguimos considerando como conveniente apartar a la historia de su pasado literario, por más que se conceda muchos créditos a historiadores románticos como Michelet. Nada nuevo, nada distinto, como no sea de grado.

Pero no cabe pensar en una sobrevida completa de los códigos positivistas de enunciación, que Langlois y Seignobos hicieran transparentes en Francia. En un contexto distinto, cuando campean otras convenciones epistemológicas y estéticas, algo tiene que haber cambiado. ¿Cómo se las han podido avenir los *annalistas* con la persistencia de un discurso en el en que los signos de la enunciación y el enunciante son borrados?.

La verdad es que se han colocado en una posición contradictoria. Manifiestan un firme apego a ese añejo y poroso mito fundante de la objetividad, que se traduce en una interpelación abierta a los autores a eliminar de la escritura todos los sesgos de su personalidad, en tanto que sujetos históricamente situados en un contexto: una invitación a auto-purgarse de pasiones, intereses y todo compromiso con la inmediatez, manteniendo como fuente principal de estímulo para la actividad cognoscitiva la pura curiosidad intelectual. Nada distinto, en apariencia, a lo que defendía Ranke cuando proponía como alternativa al conocimiento científico *certificado mediante la infalibilidad del método*, una fórmula acreditadora que se sostuviera predominantemente en las *prendas morales del investigador*: un investigador que no se deja arrastrar por las seducciones de la subjetividad propia, menos de la ajena.

Continuidad; pero continuidad con matices. No se trata de una defensa consciente y sistemática del concepto. A los historiadores franceses no les interesa, como a los alemanes o ingleses, establecer las condiciones en que resultaría posible a un sujeto que conoce mantener su independencia respecto del objeto hacia el cual dirige su atención; defienden, bajo la voz filosófica de objetividad, simplemente un tipo de neutralidad que consiste en falta de compromiso partidista. Nada de epistemología; simplemente buenos modales: un actitud prescindente y correcta que sería propio reflejar mediante la escritura.

⁴⁸ Émile Benveniste, "Les relations de temps dans le verbe français", en E. Benveniste, *Problèmes de linguistique générale*, Paris, Gallimard, 1966, pp.237-50.

Pero por otra parte, los mismos *annalistas* preconizan la transformación de la historia narrativa en un producto mucho más sofisticado, cuyo asunto no son *hechos* sino *problemas*⁴⁹. Y no queda claro como podría hacerse de la especialidad algo dirigido a lo que nos interpela, sin que ello suponga, a la vez, unas prácticas comunicativas más subjetivas. Por donde miremos la cosa resulta muy evidente que el paso de la *historia-relato* a la *historia-problema* no resulta compatible con el ideal aséptico del autor ausente –ideal que, por lo demás, no muchos de estos historiadores cumplen como debe ser–: si hay algo que resulta característico de la forma lingüística que Benveniste designa como *discourse* (que supera al tipo de enunciación tradicional de la *histoire*) es el alto grado en que va implicada en la comunicación la subjetividad y la emocionalidad del observador. La historia-problema es una historia onanista; no existe sin un “yo” exacerbado, omnívoro, capaz de hacer de un tema un problema; y no admite otra expresión que las formas en que el “yo” manifiesta su egotismo en la vida corriente (la narración).

Para que haya problemas, y no solamente hechos, necesitamos historiadores intrusos, puesto que sólo sujetos muy poco autocontenidos pueden descomponer el paisaje que se ofrece muy muellemente a los sentidos y extraer de ese material formulaciones que resulten provocadoras. Se necesita mucho carácter para esto, pero el carácter no es una virtud que resulte compatible con la estética gris de la enunciación neutra. ¿Cómo salimos del entuerto?.

Lo que cabe decir de la disyuntiva que plantea un propósito autocontradictorio, como diría un filósofo analítico, es que no hay salida posible. Las obras más excelsas de los autores que uno siempre se siente obligado a comentar cuando trae a colación los logros de esta escuela –Braudel, Le Roy Ladurie, Duby, Vovelle, Ariès, etc.– atestiguan de manera inequívoca la presencia del enunciante, del yo subjetivo del autor o, como prefiere llamarlo Barthes, del “sujeto emocional”. La primera persona singular rebasa con holgura la esfera a la cual las costumbres gremiales y los tratados metodológicos querrían verla confinada (y las buenas maneras de los *annalistas*). La primera persona desenfadada, la más pudorosa que se disfraza en el “nosotros”, y una gama amplia de adjetivos en los que el enunciante se revela, aparecen a lo largo y ancho de todos estos textos, no sólo en las notas a pie de página o en los paratextos. No importa si se trata de una obra muy técnica, armada a partir de la información seriada que ofrecen los testamentos, o de grandes esfuerzos sumarios como los de Braudel. Tanto en un caso como el otro percibimos la presencia de *autores intrusos*, que intervienen con cierta recurrencia en la “story” que nos están contando, y que intervienen con una soltura como la que ya habíamos conocido en algunos historiadores del siglo XVIII: apuntando juicios, extrayendo consecuencias y, sobre todo, acompañando el dato con nutridos, densos y muy libres comentarios destinados a aclarar cosas que son juzgadas importantes, a enriquecer la materia mediante ampliaciones, o simplemente al vuelo intelectual.

⁴⁹ François Furet, “De l’histoire-récit à l’histoire problème”, en *L’atelier de l’histoire*, 1982, pp.73-90.

Hay largos despliegues verbales reservados para tratar cuestiones metodológicas, que nos informan de la manera como la investigación ha ido avanzando, que nos muestran los problemas que ha debido resolverse en el camino, que nos invitan, como lectores, a dirigir nuestra mirada hacia el sentido real y profundo de alguna información que se encuentra sumergida en la narración, o que simplemente van dirigidos a aclarar las connotaciones morales de cierto hecho. No son extraños epítetos como “admirable”, “cruel”, “perverso”, ni son inhabituales las ironías, los sarcasmos o las digresiones cínicas⁵⁰.

La falta de densidad teórica de la apuesta *annalista* algo tiene que ver con esto. Los historiadores franceses son vagamente conscientes de que sus *slogans* y sus realizaciones se sostienen en un conjunto de fundamentos epistemológicos y ontológicos. No podría ser de otra manera. Lo que sucede con ellos es que simplemente no han mostrado el menor interés por sujetar sus fundamentos a un examen riguroso. ¿Cómo podríamos esperar que se diera un tratamiento serio a los usos textuales que son compatibles con una postura teórica que no está clara para nadie?. Esa expectativa es infundada. Pero el hecho de que los personajes que estudiamos hayan decidido no tener ningún punto de vista sobre su *propio punto de vista*, no tiene por qué suponer para nosotros una restricción definitiva. Siempre cabe la posibilidad de arriesgar juicios sobre la postura que cabría esperar de estos historiadores, en relación a la cuestión de la enunciación, en el caso de que hubiesen decidido tener alguna. Las obras están allí, y pueden hablar, aunque los tutores del movimiento hayan decidido callar.

Si llevamos la cosa por el camino de las inducciones algo mañosas, podemos apuntar algunas ideas muy generales. Los *annalistas* defienden que los textos históricos no pueden ser concebidos como una suerte de prolongación no mediada de los documentos. Los hechos no hablan por sí mismos, de sí mismos. Necesitan un contexto dentro del que florecer, necesitan ser contaminados por la perspectiva del escritor. La figura del enunciante no puede manifestarse en forma muy viva, pero algún papel debe tener. ¿No se ha producido una resurrección del “yo” del escritor en las ciencias vecinas, en las cuales el movimiento se inspira? Basta pensar en lo que sucede con la antropología, que ha recuperado al narrador antes que cualquiera otra ciencia humana⁵¹.

Pero este reconocimiento pálido no aparece como imperativo y no puede decirse que fuerce a nadie sacrificar la exigencia de la impersonalidad, tan cara al gremio. El escritor se muestra un poco más, pero no ha perdido el pudor. La primera persona nunca asoma con claridad. En su lugar se inventa una serie de sucedáneos, de pronombres alternativos, que intentan crear un vínculo

⁵⁰ Philippe Carrand, “Theory and practice: historical enunciation and the Annales School”, en Frank Ankersmit y Hans Kellner, eds., *A new philosophy of history*, University of Chicago Press, 1995, pp.112-16.

⁵¹ Ph. Carrand, *Op. cit.*, pp.123-26.

entre autor y lector, pero que procuran, a la vez, revestir este tráfico dialógico con ropas muy deslavadas: todo aparece como dispuesto para hacer sentir al visitante que el conocimiento expuesto es producto de un esfuerzo colectivo legitimado por los cánones de la ciencia. La administración del lenguaje figurativo no es nunca libre⁵²; la modestia del investigador siempre intenta ser protegida de la tentación de la megalomanía. De esta manera indirecta se intenta defender la utopía de la historia como un *discurso sin autor*. Por momentos es dificultoso saber cual es el contenido del mensaje, quien es el receptor al cual va dirigido, quien nos está hablando. Pero si uno busca un poco, va a encontrar de inmediato, bajo esas fórmulas conciliatorias, la visibilidad del enunciante.

Desde luego, ya no se trata un orador como los de antes. El silencio y el ruido son distintos, lo mismo que el ritmo y la cadencia con que se alternan a lo largo y ancho del texto. A veces el autor decide hacerse presente en el texto, a veces prefiere la distancia y opta por conservar la autonomía del desarrollo narrativo: el *discourse* se apaga y fluye esa *histoire* que cautiva a la audiencia con la sensación de que es el mundo real, simple y diáfano, el que desfila ante nuestros ojos; se sube y se apaga el *switch*, en momentos en que sería inoportuno para las narrativas tradicionales, de los tiempos de la representación realista, pues lo que se persigue con estas fluctuaciones en la presencia son objetivos distintos de los que quería satisfacer la prosa impersonal de los positivistas: nuevas funciones comunicativas, nuevos usos narrativos.

¿Qué funciones son esas?.

Los *annalistas* intentan, y logran, escribir una historia *no fáctica* de los acontecimientos, cuyo asunto es el sentido de un contenido y no el contenido mismo. Como señala Rancière, se trata de “*contarnos* este sentido en lugar de producirlo como la explicación del contenido de los relatos”⁵³.

La historia que a estos investigadores les importa deja de lado el acontecimiento aislado, menudo, y transforma en su protagonista a los grandes actores colectivos. ¿Cómo hacer hablar a las entidades de una manera no alemana, por decirlo en alguna forma?. No basta el dato, que nos remite a la tangibilidad de la cosa; tampoco tiene asunto indagar en la “esencia” que se oculta detrás del dato, con las armas del filósofo especulativo. El historiador no puede pretender que el documento sea idéntico al acontecimiento que es objeto de la descripción; no puede pretender que baste con dejarlo hablar para que podamos abrirnos a su sentido concreto o inmanente. A los documentos les pasa lo que a los individuos, que ignoran las causas a las que

⁵² Para que podamos formarnos una impresión de lo que sería una administración verdaderamente libre del lenguaje figurativo basta compulsar la obra tan *sui generis* de Simon Schama. Algunos de los datos invocados por el autor son reales –tal como entiende “real” un historiador–, pero todo lo demás se rige por las convenciones de la novela. Los límites entre historia y literatura se disuelven completamente, dejándolo a uno, historiador al fin, completamente desconcertado. El escritor francés no llega ni remotamente a límites como estos (S. Schama, *Dead certainties (unwarranted speculations)*, Londres, Granta Books, 1991).

⁵³ J. Rancière, *Los nombres de la historia. Una poética del saber* (1993), p.64.

impredictablemente están sirviendo. Debe ser el historiador el que llegue ellas mediante un ejercicio de imaginación que se vehicule a través del relato; imaginación disciplinada, por cierto; imaginación que sepa volar, pero que logre sujetar su vuelo lo suficiente como para que el cuadro que obtengamos no sea pura abstracción. Ni representación pura; ni pura subjetividad. ¿Se puede?.

Esta conciencia se revela por primera vez en Michelet, a quien los fundadores del *annalismo* adjudican el privilegio de la paternidad. La etiqueta a veces parece inmerecida. Ni Febvre ni Bloch explicitaron los motivos de este homenaje, y no resulta evidente la manera en que la prolífica historiografía del siglo XX pueda haber sido prefigurada por su obra. Sin embargo hay algo en este narrador romántico en lo que todos estos autores se reconocen. ¿Qué será?

Desde la publicación del notable "Michelet par lui-même" de Barthes⁵⁴, hasta nuestros días, han aparecido una serie de estudios que nos sugieren que "los efectos de estilo de Michelet definen bien las condiciones del hablar científico de los Annales"⁵⁵. Fue él la única voz poderosa que protestó, con la reflexión y el ejemplo, en contra de la retórica realista que se imponía por doquier en el medio académico, negando tanto la presencia y la importancia del lenguaje como la del escritor en los textos; fue él quien, primero que nadie, puso en evidencia, como lo harán más tarde Roland Barthes, Stephen Bann o Lionel Gossman, que la retórica de la factualidad, que quiere fundamentar la legitimidad de todo punto de vista en un empirismo aparente, es un simple ardid estético cuya función es conferir respetabilidad al discurso; y fue él quien, por último, nos dio a entender que la forma en que un autor escoja mostrarse en su narración tiene muy poca relación con la seriedad del trabajo en los archivos.

Michelet entendió claramente que la atenuación de la personalidad del escritor era un artificio destinado a producir una impresión de verdad en el lector; un buen "truco" gracias al cual podíamos hacerle sentir que la organización narrativa que le ofrecíamos tomaba su forma de la realidad misma, y no de la subjetividad del historiador. Se burló de esa tercera persona en la cual todos se escudaban, que pretendía ser la ausencia de la persona, y de todas las convenciones que existían concernientes a la escritura en historia⁵⁶.

El relato del sentido de un acontecimiento es una tarea hercúlea, para la cual no bastan los recursos estilísticos de la historia tradicional. La prestigiosa fórmula del *passé simple* (pretérito indefinido en nuestro idioma), que servía como escudo protector a los investigadores para

⁵⁴ Roland Barthes, *Michelet par lui-même*, Paris, Editions du Seuil, 1954.

⁵⁵ J. Rancière, *Los nombres de la historia. Una poética del saber*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1993, p.57.

⁵⁶ En su comentario del libro de Linda Orr, Hans Kellner resume bien el punto de vista de Michelet acerca de la materia: "He felt that the conventions of historical writing – the objective absence of narrator, the use of aorist tenses of verb, a regular tempo of prose, the rough equality of eras in textual time– were

garantizar su probidad profesional, se demuestra insuficiente para finalidades más exigentes, y se plantea la necesidad de acabar con la brecha estilística que mantenía separado lo devenido de lo presente (que comienza a tener un peso que no había tenido nunca), y de impulsar una revolución estética cuyo resultado sea una completa metamorfosis del lenguaje. En su prosa, como en la de las novelas, la temporalidad lineal se disuelve (desaparecen los tiempos o se ordenan de una manera distinta); la misma suerte corren todas las estructuras de la sintaxis que determinan las posibilidades de la escritura; el rígido serialismo de palabras, sentencias y frases, es superado merced al recurso a una serie de dispositivos entre los cuales las metáforas suelen ser los más lúcidos⁵⁷.

La vigorosa crítica de Michelet en contra de las convenciones acerca de la forma como la historia debe relacionarse con el lenguaje, no tuvo mayor eco en su época. Pero lo tuvo después. Hay huellas de su iconoclastía en la expresividad de los historiadores de los *Annales* (y en el narrativismo, que reconoce en Michelet a uno de sus precedentes). ¿Qué tan profunda es esa impronta? No hay que exagerar. Tampoco debe uno quedarse corto.

Los *annalistas* retuvieron mucho de la libertad expresiva que Michelet defendía. Gracias a ello pudieron escribir una historia no factual de los acontecimientos, que nos remite al sentido. ¿Cómo llegamos al sentido por los caminos que abre la literatura y el arte? Michelet (y luego Barthes) se sintió obligado a estudiar la cosa, en el nivel en que ello debía hacerse. El consumidor de historia logra formarse cierta impresión de una obra mirándola como un *todo*. Pero ¿cuál es el origen de esa impresión de coherencia y de verdad? Una de las fuentes para las impresiones que plasmamos es la realidad, prístina, pura. Quizás sea la principal fuente, pero no es la única. Al lado de ella tenemos la subjetividad del historiador, que decide qué hechos debemos incluir, qué factores causales deben tener prioridad. Por último, está la fuerza de sentido que emana de la manera como el escritor administra el lenguaje figurativo. Llegamos al sentido también desde las *formas*: son ellas las que nos dicen cómo considerar cada hecho y las que hacen aparecer una obra como plausible. Los *annalistas*, como siempre, tomaron lo que les servía para hacer buena historia, y dejaron de lado lo demás. ¿Qué recibieron de Michelet? El derecho, muy humano, a administrar con plasticidad el lenguaje. ¿Qué pasaron por alto? El constructivismo inherente a aquella prerrogativa, las disquisiciones epistemológicas que están presupuestas en sus propios puntos de vista, las divagaciones tan sutiles a propósito del papel que cumple el lenguaje en el conocimiento. Es notable la capacidad que muestran escritores como Braudel en la administración de las metáforas. Esa autonomía en el uso del lenguaje les permitió valerse de distintos tipos de

fraudulent and unfair” (H. Kellner, reseña crítica de “Jules Michelet. Nature, history and language”, de Linda Orr, en *History and Theory*, n°26, 1977, p.227).

⁵⁷ Linda Orr estudia con detalle todos los recursos usados por Michelet para superar las estrecheces lingüísticas de la retórica realista, en uno de los buenos capítulos de su *Jules Michelet. Nature, history and language* (“The spider: a chapter’s moving texture”).

escritura, siempre en registro narrativo, con el objeto de construir la inteligibilidad de realidades sociales a partir de distintos enfoques. Todo ello sin que en ningún momento se tenga que poner en entredicho la teoría de la realidad del historiador. Nosotros no somos charlatanes, ni artistas: contamos *historias verdaderas*, que nos hablan de los procesos que efectivamente se hayan dado en el pasado. ¿Tenemos que suscribir la parca retórica realista de los historiadores decimonónicos para lograr cumplir con nuestras tareas profesionales? Si uno quiere ser filosóficamente coherente tendría que decir que sí; pero somos historiadores y estamos mandados para el logro de fines distintos al de la coherencia. Si borramos las huellas de nuestra presencia, en los textos que escribimos, quizás el lector se deje seducir por lo que más adelante se conocerá como el “efecto de la realidad”. Pero hay otras maneras, mucho menos constreñidas, de llegar a lo mismo. ¿Por ejemplo? Con relatos más frescos, con un lenguaje más libre. Pareciera como si estos historiadores pensarán que la plena libertad en la administración de los recursos del lenguaje es la apuesta estética que resulta más afín con una empresa *representacionista* –empresa, por lo demás, muy tradicional–. Epistemológicamente hablando, no cabe decir que los *annalistas* sean transgresores. No hay un *antes* y un *después*, en este terreno. ¿Qué significan, entonces, sus monsergas desnarrativizadoras? Superar el acontecimiento, descubrir las estructuras, pero hacer todo eso narrando, produciendo una prosa muy suelta, sin duda más narrativa y más suelta que mucho lo que habíamos conocido antes.

El asalto a los relatos de los franceses, pues, es un ejercicio bastante vacuo. Si uno tiene que hablar de su significado –filosófico– quizás tenga que decir “aquí no hay significado alguno de que hablar”. En estos años las narrativas se enriquecieron y diversificaron, tal cual sucedió con la prosa literaria. Ha habido excelentes relatos de estructuralistas, de microhistoriadores, de historiadores sociales o antropológicos, pero también muy buenos relatos de historiadores de la demografía o de la economía. Cada uno de ellos es un artefacto estético distinto, con su propio basamento filosófico⁵⁸. Lo que no ha habido nunca son “no-relatos”: la historia narrativa no caducó en Francia, lejos de ello alcanzó su plenitud precisamente en manos de quienes se definían como sus grandes enemigos.

Cuando las grandes teorías y todas las formas de cientificismo comenzaron a caer en descrédito, pudo hacerse evidente una realidad más grande que una catedral. Lo narrativo ha sido, todo el tiempo, un elemento constitutivo del actividad del historiador. Por momentos podemos olvidarnos de ello –como quien puede olvidarse de que tiene muelas–, y podemos pensar que es necesario disponer de un lenguaje más formalizado, que se desapegue de esos porosos juegos de lenguaje que sirven de vehículo para la vida intersubjetiva que llevamos en el día a día. Pensamiento conveniente, pero vacío. Los hechos demuestran que no estamos en condiciones de

⁵⁸ R. Chartier, *Op. cit.*, pp.75-76.

construir el significado de lo pasado de una manera no narrativa, libre de las coerciones del lenguaje ordinario en base al cual modulamos nuestra experiencia cotidiana. Las distancias pueden ensancharse un poco más, un poco menos, pero podremos separarnos completamente de las formas clásicas de expresión que los historiadores hemos usado desde los tiempos más remotos.

Se llamó a esta conciencia, gatillada por los condicionantes del momento, el “retorno a la narrativa”. En un plano de mayor altura teórica, llevó el nombre poco musical de “narrativismo”.

Entonces cabría preguntarse acerca de cual puede ser el origen del discurso anti-narraciones de los *annalistas*. Quizás se trate sólo de un malentendido, que podría haberse evitado.

Cuando uno se ve el caso de tener que hablar en retrospectiva del *legado* de una escuela heteróclita como la que comentamos, puede optar por mirar la cosa de dos maneras: se puede revisar la historiografía y usar ese material tangible para inducir de allí una idea acerca de las directrices a las que tiende el grupo; o se puede tomar en cuenta la manera como los líderes más señalados del grupo demarcan los hitos o presentan las tendencias: qué hicieron, por qué lo hicieron, cuándo lo hicieron, etc.

En el caso de los franceses es muy fácil sucumbir a esta segunda posibilidad. Sus figuras más conocidas nos dejaron excelentes estudios históricos, muy innovadores, junto con una serie de ensayos apologéticos, con algunos airecitos filosóficos, en los que se intenta trazar la trayectoria del *annalismo*. Es la historia de la escuela, tal cual vive en el mundo de los sueños de sus miembros, en sus auto-representaciones.

En esa mirada autorreferente y autocomplaciente hay una estética pendenciera que juega un papel predominante. Lucien Febvre hablaba de dar *Combates por la historia*, pues estaba convencido de que la gran contribución al conocimiento histórico que había hecho él y los suyos “sólo había sido posible mediante el rechazo de las “reglas del juego” académico elaboradas por sus predecesores”⁵⁹. Grandes transgresores, que habían elevado la historia a nuevas alturas mediante el uso sistemático del rechazo: rechazo al acontecimiento, a la parte política de la vida, a las narraciones o a lo que fuera.

Pero la verdad es que esta imagen heroica significa tan poco como lo que significa la retórica contraria las narrativas: otro más de *slogans* consoladores que se inventaron los historiadores franceses para sentirse el foco de una regeneración tan completa de la profesión como la que se había producido en Alemania, el siglo anterior.

⁵⁹ Gérard Noiriel, *Annales, la "disconformidad" y el mito de la eterna juventud*, en G. Noiriel, *Sobre la crisis de la historia*, Madrid, Cátedra, 1997, p.254.